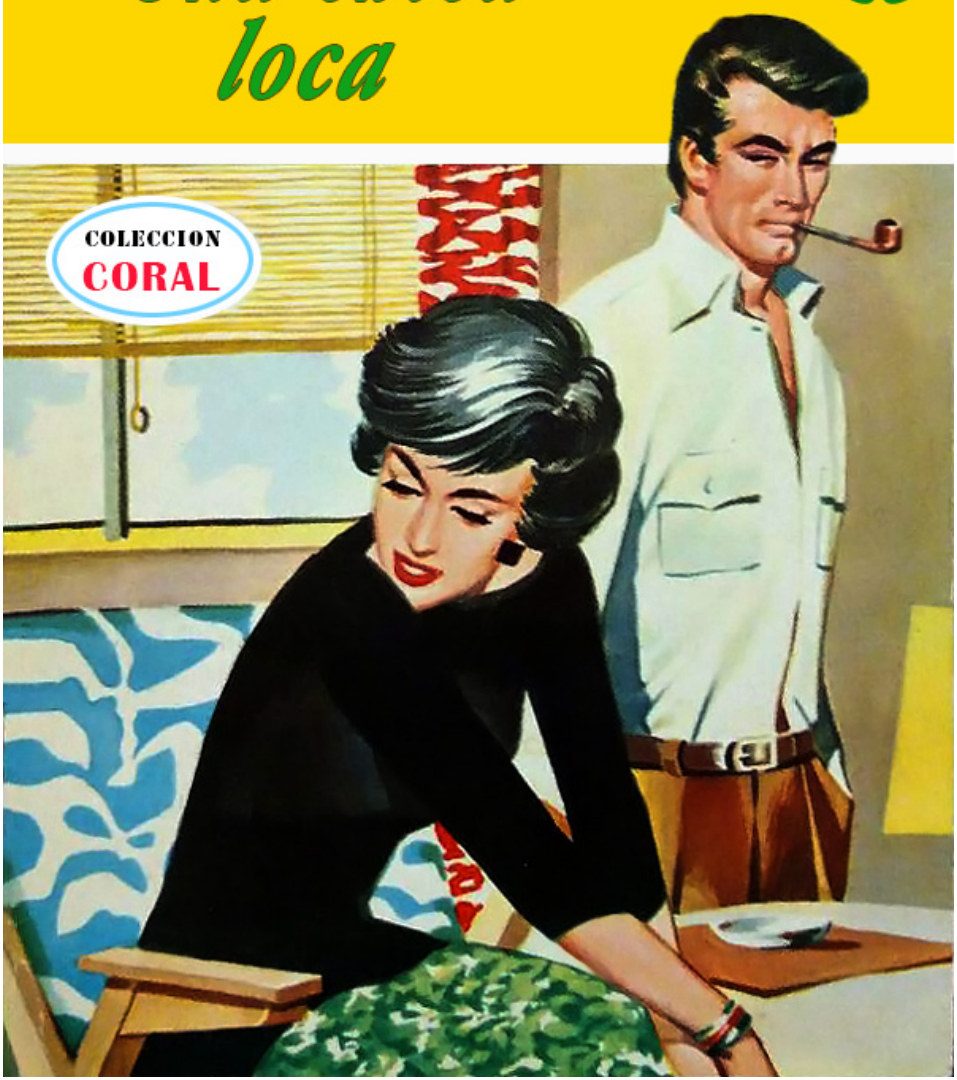
Corín Tellado

Una chica loca



Anne era hija de una de las dos grandes familias del pueblo pero, por disgusto de su padre, no había salido como le hubiese gustado: una damita comedida, elegante y discreta. Razón por la cual, su familia, le insistía que no tontease con uno de los hijos de la otra gran familia del pueblo, los Allyson, que eran gente más estirada y chapada a la antigua.

Corín Tellado

Una chica loca

Bolsilibros: Coral - 135

ePub r1.0
Titivillus 08.09.18

Título original: *Una chica loca*
Corín Tellado, 1956

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

–Pero, abuelita…

—No me gustaría volvértelo a repetir, Anne.

—No estoy enamorada de Peter, abuelita.

—Tanto mejor para los dos. Si es que no estás enamorada, hazme el favor de no dejarte ver constantemente a su lado. Y si te enamoras, ten mucho cuidado. Eres de una gran familia, Anne, tu padre tiene mucho dinero; pero Peter Allyson es también rico y pertenece a una de las mejores familias de este condado.

—¿Y eso a mí qué?

—Sé comedida, Anne —recomendó el caballero, que hasta aquel instante no dijo nada—. Tus modales poco cuidados no me agradan en absoluto.

—Pero, papá…

El caballero volvió a su periódico. Tenía la pipa en la boca y las cejas un poco arqueadas. Parecía hallarse al margen de la conversación de su madre y de su hija, si bien demostraba lo contrario al hacer aquella observación.

—¿Crees en verdad que abuelita tiene razón, papá Robert?

—Me agrada Peter, pero nunca te casarás con él.

—¡Papá!

—Eres demasiado moderna, excesivamente despreocupada, Anne —sonrió el caballero, sin enojarse—. Los Allyson son gente chapada a la antigua. Están muy apegados a su apellido y las mujeres de su raza siempre son bastante estiradas. Yo en tu lugar procuraría dejar a Peter en paz. No es el hombre que te conviene.

—¿Por qué, papá? —repuso la joven, divertida, pues en realidad

no estaba enamorada de Peter.

—Porque mientras tú eres toda exuberancia e impetuosidad, Peter pertenece a la clase de hombres que nunca se extralimitan. Estarán matándole y dirá que no es cierto. Estarán humillándole y no se dará cuenta. Tú eres toda vida y pasión; eres estridente, bulliciosa, te gusta hablar alto, reír de la cosa más tonta y la pasividad te descompone. ¿Por qué Anne vas a dar la lata a un hombre con quien nunca te vas a casar? Yo he tratado de hacerte una damita comedida, elegante, discreta. He desistido de mi empeño, hijita. Puedes hacer lo que te acomode, ya recibirás un escarmiento.

—Me asustas, papá —chilló Anne, sin asustarse en absoluto—. Si te oyera el pobre Peter…

—¿Lo ves? —intervino la abuela—. Le compadeces como si fuera un animalito desamparado. Hija mía, no vuelvas a salir con Peter, no coquetees con él, no le vuelvas loco… ¿Qué necesidad tienes de andar en lenguas de la gente por tonterías? Esto no es Nueva York, querida mía, es, por el contrario, una pequeña ciudad gobernada por caciques.

—¡Mamá! —se echó a reír Robert Day—. Ten en cuenta que uno de los dos caciques soy yo.

—Y el otro el abuelo de Peter… Es cierto, hijo, aquí no hay más amos que los Day y los Allyson. No me gustan los pueblos, Robert…

—¡Son tonterías! Sigue regañando a tu nieta.

—No, por Dios —pidió Anne, enojadísima—. Tanto da que tú me riñas y me encierres, que la abuelita se sulfure y se enfade; yo seré siempre yo y no habrá fuerza humana que me contenga. Tengo dieciocho años, no me he enamorado nunca, y me gusta…, me gusta fastidiar a tus amigos los Allyson.

—¡Anne!

—Es la verdad. Sois tan amigos y sin embargo, a mí me detestan, y tú lo consientes.

—¿Y qué podemos hacer —se enojó la abuela— si en realidad tienen razón? Peter vivía feliz antes de que tú vinieras del colegio. Es más, creo que Coral Daudet le gustaba mucho e incluso se rumoreaba si habría boda. Llegaste tú, miraste a Peter, le dijiste dos bobadas y el pobre chico…

—Yo no tengo la culpa de que el pobre chico —y aquí se echó a

reír despreocupadamente— sea tan pobre chico. Por supuesto que no me casaré con él. Es detestable un hombre que se deja gobernar por su madre, que atiende sumiso los consejos prehistóricos de su abuelo…

—Anne —dijo el caballero—, creo que nunca podrás casarte en esta ciudad. Has hecho demasiadas locuras y los hombres te han tomado miedo. Los hombres, Anne, pueden enamorarse de chicas locas como tú, pero nunca se casan con ellas. Les gustan para divertirse, pero para formar un hogar buscan mujeres sensatas.

—Me halagas, papá.

El caballero arqueó la ceja y se quitó la pipa de la boca. Contempló a su hija con ojos risueños y susurró sin enojo:

—Te quiero mucho, hijita, particularmente a mí no me importa que seas como eres; pero temo por ti. Quizá sufras.

—¿Yo? En absoluto, papá. Creo que de todos los hombres que conozco no habrá uno que me enamore. Son tan… tan…

—Tan poca cosa para ti —cortó la abuela con retintín.

—Eso es, abuela. Tan poca cosa para mí.

—Bueno, bueno, ya veremos al final quién es el que no te parece poca cosa. Ahora marcharos a reñir a otro sitio y dejadme terminar de leer el periódico.

Anne Day pasó un brazo en torno a la cintura menuda de su frágil abuela y la invitó a salir del gabinete.

—¿Adónde me llevas?

—Al jardín, abuela. Hace una tarde de verano maravillosa. Nos sentaremos bajo la sombra de un árbol en el porche y te daré conversación hasta las cuatro.

—¿Adónde vas después?

—A la playa.

—Esta mañana han venido a buscarte tus amigas para ir al Náutico. Tú ya habías marchado.

Cerróse la puerta del gabinete y ambas mujeres descendieron despacio las escalinatas de mármol blanco. Dirigiéronse al porche y Anne ayudó a sentar a su abuela. Después se tendió sobre una hamaca, echó la cabeza hacia atrás y encendió un cigarrillo que fumó con fruición.

—Me empalagan las amigas —comentó expeliendo las volutas perfumadas—. Desde un tiempo a esta parte no las tolero, abuela.

—¿Por qué?

—No tengo razón definida, quizá pequeños detalles que me separaron espiritualmente de todas ellas. Cuando regresé del colegio y papá ofreció aquella gran fiesta para presentarme en sociedad, me sentí feliz y contenta. Intimé pronto con las hijas de las grandes familias… —se echó a reír despreocupada y añadió burlona—: Tienen unos prejuicios tan tontos que a veces me causan risa. Soy hija del muy poderoso Robert Day, ¿comprendes? Y aun cuando se censuren mis actos (a veces los hago para que me censuren nada más, de otro modo la vida aquí es muy monótona), cuando estoy a su lado todo es almíbar. Me halagan en voz alta y me envidian *in mente*, ¿te das cuenta? Quisieran tener valor para hacer lo que yo hago y los prejuicios las contienen. Es una lata —comentó al fin con desenfado.

—Volvamos a lo de Peter, Anne.

La joven se agitó en la hamaca.

—¡Oh, no! Es un tema tonto. ¡Peter no me agrada en absoluto, pero es tan estirado y tan… elegante que me satisface un horror mofarme de él!

—Busca otro objetivo, Anne.

—No lo hay —rio la joven, jovial—. He buscado ya y todos son parecidos a Peter. Me refiero a los hombres de mi esfera social. ¿Sabes lo que te digo, abuela? Me gustaría ser una chica como tantas que bailan en la plaza y se divierten con nuestros criados. Es… es desesperante llamarse Anne Day y tener un padre millonario que vive de sus rentas.

—Alabado sea Dios, querida. ¡Qué cosas más raras dices!

Anne quedó callada, como reflexionando. Era delgada, alta y flexible. Tenía los cabellos muy negros, cortos, lisos, asombrosamente lisos, peinados como un muchacho descuidado, y los ojos verdes, grandes, rasgados, maliciosos. La boca más bien grande, de labios rojos y sensuales. Los dientes muy blancos, un poco desiguales, dando a su faz sonriente una gracia personalísima, de un atractivo extraordinario. Era, además, muy elegante. Sabía vestir con gracia los modelos más extravagantes y aun cuando tapara sus formas con ropas masculinas, su figura ingrávida e insinuante continuaba pareciendo tan femenina como cuando se vestía con los modelos de París que compraba papá Robert sin

reparo alguno.

—Es cierto, abuela —admitió, pensativamente—. Estoy harta de que me miren por ser hija de Day. De muy buen grado, cuando voy en mi coche camino del club, me quedaría en la plaza con mis criados. Allí, la gente es como es, no existe reticencia en la conversación, ni subterfugios con segundo sentido. Las chicas son sencillas, bonitas y… no mienten… —se echó a reír—. A veces digo cosas tontas, ¿verdad?

—Menos mal que lo reconoces.

—Tengo esa virtud.

En aquel momento pasó un caballo frente a la verja de la finca de los Day. Anne, que fumaba pausadamente, estiró un poco el cuello y comentó sin gran entusiasmo:

—¿Quién es ese jinete tan forzudo?

—Paul Lawford.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Está poco por aquí. Es escultor y trabaja en Boston. Cuando Lawford viene a su pueblo natal es para descansar.

—¿Tienen fama sus esculturas, abuela?

—Dicen que sí.

—Parece un hombre mayor.

—A juzgar por mis cálculos, debe tener unos treinta y cinco años. Recuerdo muy bien a su madre y a Paul cuando nació.

—¿Sois amigos?

—No, no; es gente…, gente vulgar. Vivieron siempre en una casita roja que hay al otro lado de la colina. Dicha casa y las tierras que trabajaban pertenecían a los Day. Mi marido apreciaba mucho al viejo Paul porque era honrado y trabajador y luchaba por el porvenir de su hijo. Más tarde, Paul se hizo hombre y marchó a Boston. Dicen que triunfó.

—¿Y su casita de la colina?

—Está allí convertida en una casa grande. Un día la madre de Paul vino a visitarme y me pidió que se la vendiera con las tierras colindantes. Se la vendí, ¿sabes? Yo no la necesitaba para nada.

—Es una historia curiosa, abuela.

—Es vulgar. Eso sucede con frecuencia. Le toman amor a la casa donde nacieron y durante toda una vida reúnen la cantidad necesaria para adquirirla. Como ves, es un hogar ganado con gotas

de sudor y de lágrimas.

—Me gustaría conocer a ese Paul.

—Pues no hagas tonterías porque, según tengo entendido, Paul es hombre peligroso para las mujeres. Ten en cuenta que ha tenido ya una docena de amantes. Todos los años viene al pueblo a disfrutar de un mes de descanso.

—¿Solo?

La dama se echó a reír.

—Eso es lo curioso, Anne, viene a descansar con una mujer.

—Será su esposa.

—No creo que los hombres, aunque sean escultores, puedan cambiar de esposa todos los años como si cambiaran de traje.

—¿Eres irónica, abuela?

—Son las cuatro —dijo la abuela, enfadada—. Coge tus cosas, vete a la playa y deja de hacer preguntas tontas.

Anne se puso en pie y tiró lejos la punta del cigarrillo manchado de carmín. Era muy gentil y muy esbelta. Vera Day contempló a su nieta con admiración. Era una loca moderna, pero sencillamente encantadora. No existía en el pueblo mujer más bonita ni más femenina, ni más… extravagante.

—Iré a cambiarme y bajaré en seguida. ¿Quieres decirle a Jim que me prepare el auto, abuelita?

—Se lo diré —rezongó la dama.

Minutos después, una figura esbeltísima aparecía en lo alto de la escalinata. Vestía pantalones rojos largos hasta media pierna. Jersey de algodón blanco y un pañuelo de colores en la cabeza, atado con mucha gracia. Tapaba los ojos con gafas oscuras y colgaba del brazo la bolsa de baño.

—Ya te has bañado por la mañana, Anne. No cometas la locura de hacerlo de nuevo.

—Hace mucho calor, Vera Day —sonrió la joven—. Tendré que bañarme aunque te enfades. Si mis amigas llaman por teléfono diles que… que no sabes adónde he ido.

Subió al auto rojo; el portero abrió la verja y el pequeño vehículo descapotable se perdió carretera adelante.

* * *

—¿Adónde vas, Peter?

El aludido, alto, delgadísimo, muy elegante, pero con una expresión bobalicona a fuerza de atildamiento, se detuvo en el umbral del gabinete y miró a su madre. Era rubio, con ojos azules y grandes, aunque sin expresión definida. Anne Day decía muchas veces refiriéndose a los ojos de Peter, que eran «dos pupilas de gato asustado».

—Daré una vuelta por ahí, mamá.

La dama estaba sentada en un cómodo diván con una labor de punto en la mano. No muy lejos, se hallaba John Allyson, abuelo de Peter y padre de la dama. Este caballero usaba barba y se pasaba las horas rizándola con el dedo manchado de nicotina. Tenía porte de gran señor, de esos que se pasan la vida jugando en el club, fumando buenos cigarros y bebiendo agua mineral. En aquel instante su dedo se enredaba en la barba muy blanca y los ojos tan azules como los de su nieto contemplaban a este de modo vago.

—No irás a reunirte con la loca de los Day, ¿verdad? —rezongó con vozarrón de militar retirado.

—No, abuelo.

—Detesto a esa joven —dijo la dama—. Es un mal ejemplo para la juventud actual.

—¡Mamá!

—Es lo cierto, Peter. Ven un momento porque quiero hablarte de eso.

Peter se adelantó. Era dócil y parecía más que hombre, un muñeco de goma con el cual jugaban John y su hija Natalie.

—No me explico por qué Robert Day consiente de ese modo a su hija —comentó el abuelo.

—Yo no veo que sea tan…

—¿Loca? —cortó la dama secamente—. Pues lo es, hijo. El otro día cruzó la carretera en su coche y yo estaba sentada en el porche. Al verme agitó la mano y me dijo adiós, y súbitamente frenó el auto. ¿Sabes para qué, Peter? Para recoger a dos niños que jugaban al extremo de la plaza.

—Es una obra de caridad, mamá.

—Una obra de caridad —chilló el abuelo, enojado—. Una extravagancia. Los subió al auto, los llevó con ella y creo que los vistió en el primer almacén que encontró al paso. ¿Y sabes, querido

Peter, de quién eran los niños?

—De la barriada pobre, supongo.

—Ya, ya. Eran hijos del alcalde —explicó el abuelo.

Dicho aquello, se echó a reír regocijado.

—¿Y sabes lo que dijo cuando se enteró de que el alcalde no estaba agradecido a su generoso gesto? —intervino la dama—. Pues se mofó de todo el pueblo y añadió que aquí no había más que caciques, empezando por su padre. Tu abuelo se entrevistó con Day aquella misma noche y Day se enfadó muchísimo. Seguramente que reprendió a su hija.

—Seguro —rezongó Peter, no muy convencido, pues conocía a Anne lo suficiente para saber que no habría nadie jamás que pudiera intimidarla—. ¿Puedo marchar ya, mamá?

—No, Peter. Quiero que sepas que no consentiré jamás que te cases con ella. Cuando tu hermano regrese de Boston le diré que abra nuestra casa y nos iremos todos de aquí. No me gusta Anne para esposa de mi hijo y lo mejor de todo es poner tierra por medio.

—No creo que a John le interese mucho que nos vayamos de aquí. John tiene allí su vida y…

—¿Quieres decir que le estorbamos?

—No, no —se apresuró a decir nerviosamente—. Es que John se casará este invierno y… y querrá abrir su casa para él.

—Esa casa es mía —chilló el abuelo.

—Prometiste regalársela cuando se casara con la hija de tu amigo.

—Pero aún no se ha casado, y por las trazas creo que no lo hará nunca. Clare es una gran muchacha y John es demasiado… demasiado estúpido —gritó furioso—. Clare Gam tiene mucho dinero y le conviene.

—John no se vende —se atrevió a decir Peter.

—¡Qué vender ni qué narices! John gasta demasiado en Boston. No sé aún cómo pude consentir que se hiciera empresario de teatro. ¡Un Allyson entre mujeres dudosas y hombres desconsiderados y libertinos…! Hum, ya tiene treinta y seis años. No es cosa de que espere para casarse a cumplir los cincuenta.

Peter se apresuró a marchar aprovechando el furor de su abuelo. Cuando la dama intentó llamarlo, ya Peter cruzaba la calle y se perdía entre los pocos transeúntes que cruzaban en aquel momento.

—Te digo, padre, que Peter me tiene muy disgustada. Esa Anne Day posee el arte del demonio y temo que lo enzarce de tal modo que después…

—Anne Day no quiere a tu hijo —repuso el anciano, con su habitual rudeza—. Peter es demasiado… demasiado pusilánime.

—¡Padre!

—Bueno, bueno… La chica de Day no me gusta nada para esposa de mi nieto, pero… —fumó aprisa y añadió a regañadientes—, es una criatura bella.

—No me gusta nada.

—Claro, es natural.

—¡Padre!

—No grites tanto, Natalie. He dicho que la hija de Robert Day es una preciosidad de criatura. Admito que es una loca y que no me agrada para mi nieto, pero no me extraña que Peter ande haciendo tonterías por ella. Cuando yo era joven, me enamoré de Vera Day, era una mujer muy bella, casi tanto como su nieta. Pero…, bueno, yo era tan tonto como Peter y no me quiso.

—¡Padre!

—Dame agua mineral, Natalie, y no chilles tanto que van a creer los criados que te estoy matando. ¿Sabes lo que te digo, hija? John me tiene muy preocupado. Hace dos años que no ha venido por aquí y eso ya es demasiado.

—En su carta dice que vendrá la semana próxima.

—Ta, ta. Eso lo ha dicho muchas veces. En todas sus cartas promete una visita. Repito que debe casarse. La hija de Gam es una buena chica y tiene mucho dinero. Supongo que John será rico también, aparte de lo que yo pueda dejarle a mi muerte, y no le interesará mucho el dinero porque siempre fue algo idiota, pero debe casarse con Clare Gam.

—Quizá venga a hablar de boda.

—Si no lo hace él, lo haré yo.

II

Anne estaba en medio de la carretera. Peter, a su lado, inclinado sobre el motor del auto rojo, trataba, sin conseguirlo desde luego, de manipular en el motor.

—Te digo que no hay solución, Peter. Lo mejor que debes hacer es irte a pie y decir en mi casa que venga el chófer a recogerme en el «Cadillac».

Peter se estremeció. ¿Solo y por aquella carretera oscura? ¡Oh, no! Él nunca había sido valiente y no estaba dispuesto a hacer oposiciones a la valentía… Claro que era preciso poner un pretexto porque en modo alguno podría decirle a Anne que tenía miedo. Ello causaría la hilaridad de la muchacha burlona y le humillaría terriblemente.

—Tengo esperanzas de arreglarlo —dijo enfático.

—¿Esta noche, Peter? —rio la joven—. Te aseguro que hoy mamá Natalie te deja sin postre y abuelo John no te da el cigarro puro de sobremesa.

—Anne, no consiento que te burles de mí.

—Si no me burlo, chico.

Pero se reía a carcajadas, produciendo en Peter un malestar terrible porque, efectivamente, mamá Natalie se pondría furiosa cuando supiera que el trance había ocurrido junto a Anne Day. Esta, sentada en el estribo del coche, cruzó las piernas que aún estaban embutidas en el original pantalón de dril rojo, y decidió encender un cigarrillo. Fumó con placer y contempló divertida los aritos que ascendían en la oscuridad.

—No le des más vueltas al motor, Peter. Creo que no tenemos

gasolina.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque lo recordé ahora mismo. O te sientas a mi lado en espera de que pase algún auto y nos dé una poca, o te marchas, en evitación de que mamá Natalie venga con la escoba.

Peter optó por sentarse. Teniendo cerca a Anne sufriría de buen grado todos los insultos del abuelo y las objeciones poco tranquilizadoras de su madre. Anne era una muchacha preciosa, tenía unos ojos que le bailaban en la cara, y una boca…, bueno, de la boca no quería hablar Peter porque se moría de pena. Jamás la había besado. Ni siquiera tuvo valor para cogerle la mano, porque aún recordaba la primera vez que lo hiciera. Anne le dio tal pellizco en un dedo que le quedó la señal un mes seguido.

¿Loca? ¿Moderna? Sí, quizá, pero había algo de lo cual no entendía Anne Day: las familiaridades tan en moda actualmente. Detestaba a los hombres frescos y no se amilanaba por nada ni ante nadie. Había declarado la guerra a las libertades masculinas y Peter lo sabía. Claro que aun cuando no fuera así, Peter era un bendito de Dios y no se atrevería a rozar con su mano un dedo de Anne, en el supuesto de que esta se lo permitiera.

—Te aseguro, Anne —dijo Peter, con voz vacilante—, que por estar a tu lado lo soporto todo.

—Pues nunca te dejarán casar conmigo, Peter. Soy una mujer demasiado exuberante para la pasividad de los Allyson. Esto me lo dijo papá esta mañana.

—Tu padre es muy indulgente con los Allyson.

—Los juzga tal como son. Me hace gracia, Peter, que tu madre pretenda ponerte en guardia de lo que no va a suceder jamás. Ten en cuenta que yo nunca me casaré contigo.

—¿No, Anne?

Puso tal cara de tonto que la joven se echó a reír con todas sus ganas.

—No, Peter. Admiro la energía en los hombres, la actividad, la acción… Tú no eres enérgico ni activo. Te conformas con gastar el dinero que te da el abuelo John y no pides a la vida ningún milagro.

—¿Es que tú lo esperas?

—Claro que sí. ¿Lo has dudado acaso? Todos los días al tirarme del lecho, me aproximo al balcón y me digo: «Sucederá hoy».

—Pero no sucede.

—Algún día sucederá, tenlo por seguro.

—¿Y qué le pides a la vida, Anne?

—No pongas esa expresión estúpida, Peter. Solo pido a la vida lo que sé que esta puede darme. No soy ninguna soñadora sentimental ni pido milagros irrealizables. Pido lógica y la lógica ha de hacerme feliz.

—¿Quizá esperas que venga un príncipe de novela y se case contigo?

Anne le miró primero seria, después se echó a reír de tal modo que sus carcajadas semejaban una provocación en la callada noche.

—No será príncipe, Peter. Será un hombre, solo hombre. No sé si feo o guapo; ¡qué más da! Lo esencial es que me quiera, sepa demostrármelo y conseguir que yo se lo demuestre.

Se puso en pie y cesó de reír.

—¿Adónde vas, Anne?

—Sacaré una linterna del auto. Te la daré y te irás tranquilamente a tu casita. Voy a mirar el reloj —dijo dándole la linterna—. Son las diez y veinte. A las once menos cuarto puedes estar en mi casa. A las once, el auto de papá estará aquí.

—Pero Anne…

—¡Oh, Peter, cariñín, no me dirás que tienes miedo! ¿Verdad?

Peter se estremeció. Lo tenía. Anne lo sabía muy bien, pero en aquel momento no le convenía darlo a entender.

—Claro que no, Anne.

—Pues, ¡hala, chico! Daré unas vueltas por la carretera mientras tú no llegas a mi casa.

—¿No tienes miedo? Esto está muy oscuro.

—¿Miedo? —rio Anne—. Claro que no, chico. No lo he tenido nunca.

—¿Te he dicho que cuando venga John nos iremos todos a vivir a Boston?

—No me vengas con cuentos, Peter. No es hora para hablar de viajes a Boston. Márchate y avisa en mi casa.

—Ya me voy; pero es cierto, Anne.

—¿Y quién es ese John? —preguntó Anne con poca gracia.

—Mi hermano.

—¡Ah! —exclamó la joven por decir algo—, no sabía que

tuvieses un hermano.

—Es empresario de teatro. Pero creo que ahora se dedica a otras cosas.

—Un hombre activo, ¿eh?

—Sí.

—Márchate, Peter.

El joven comprendió que tendría que irse o confesar que tenía miedo y esto no lo diría con facilidad. Así pues, cogió la linterna y agitó la mano.

—¿Nos veremos mañana, Anne?

—Yo no iré al Náutico. Prefiero quedarme en la playa.

Entonces vendré en la moto.

—Hasta mañana, chico.

Al fin desapareció Peter y Anne dio algunas vueltas por la carretera, yendo luego a sentarse en el estribo con un cigarrillo entre los labios. La carretera estaba solitaria. No era raro que ningún coche pasara por allí, puesto que aquella carretera solo conducía al pueblo y en dicho pueblo únicamente habían los coches de Day y uno ya destartalado que tenían los Allyson. Los Allyson eran ricos, pero avaros de conservar intacto el capital, que nunca aumentó ni menguó nada. En su fuero interno, Anne detestaba la tacañería de los Allyson, la barba del abuelo, la estúpida presunción de Natalie y la pasividad de Peter. ¿Qué había otro miembro familiar y ella lo desconocía? Bueno, sería poco menos que Peter, con la diferencia de que a John le gustaba extender sus alas y a Peter no le interesaba en absoluto porque era un pusilánime.

Oyó los secos cascos de un caballo y se irguió. No le hacía ninguna gracia que a aquella hora apareciera un hombre a caballo. Pero apareció, hiciérale gracia o no. Estaba allí, junto a ella, mirándola desde su montura. A causa de la oscuridad, Anne no pudo ver bien sus facciones, pero adivinó dos ojos grises, y un pelo oscuro. Vio dos hileras de dientes muy blancos y un cutis reluciente.

—Buenas noches —saludó el jinete, con acento armonioso.

Anne, antes de responder, pensó en Paul Lawford. ¿No era aquel el caballo que cruzó ante su casa aquella misma tarde? Claro que sí. No estaba intranquila, pero sí un poquitín nerviosa. Pero al recordar quién podría ser el jinete, se tranquilizó de súbito.

—Buenas noches.

—¿Tiene avería o espera a su amigo?

—¿Qué amigo? —preguntó retadora.

En medio de la carretera, su silueta ingrávida parecía más bella. La luna iba rodando y dejaba ver un poco de su divina claridad.

—Uno cualquiera.

—Suelo esperar a mis amigos en mi casa, ¿comprende, insolente? —se enojó—. Y puede seguir su camino porque usted no lleva gasolina.

—Me quedaré con usted.

—No lo necesito.

—Mi compañía le resultará agradable.

—Es usted demasiado vanidoso. Detesto a esta clase de hombres.

—Si quiere me presento.

—No es preciso, porque ya sé quién es.

El jinete pareció desconcertarse. Era obvio que él no conocía a la joven.

—¿De veras? —preguntó después—. Tanto mejor si sabe quién soy.

—Le ruego que siga su camino. En seguida vendrá a buscarme el coche de mi casa.

—¿Este coche no es suyo?

—¿Y a usted qué diablos le importa?

Paul se echó a reír de buena gana. La joven no parecía muy bien educada, a pesar de tener coche, un coche rojo muy bonito. Y además, hablaba de otro. Él solo conocía a un hombre que tuviera dinero suficiente para mantener el lujo de dos coches, y no se le ocurrió asociarlo a la joven que continuaba de pie en medio de la carretera, vestida con ropas masculinas y tapando sus cabellos con un pañuelo de colorines.

—Puedo serle de alguna utilidad —dijo Paul con acento incisivo.

—En absoluto. Me quedo sola muy tranquilamente.

—Por aquí no pasan coches que puedan auxiliarla.

—Repito que vendrá el de mi padre.

—Ah, es usted del pueblo.

—No me da la gana de responder.

Se oyó el motor de un auto y los focos iluminaron la carretera. Anne se dio cuenta en seguida de que el auto no venía del pueblo. Dio unos pasos y alzó la mano. El coche se detuvo.

—¿En qué puedo servirla, señorita? —dijo una voz, de acento muy varonil.

Anne miró al jinete y se echó a reír burlona, como dándole a entender que allí había un caballero dispuesto a ayudarla.

—Buenas noches —saludó la joven, quedando de pie ante la ventanilla—. Solo necesito un poco de gasolina.

—Ahora mismo.

El hombre, muy elegante por cierto, se apeó y dio la vuelta al auto. El jinete se alejó a galope y Anne le siguió con los ojos.

—¿Es su amigo? —preguntó el hombre elegante.

—¡Oh, no! Pasaba por aquí y se ofreció a ayudarme.

¡Ah!

Mientras sacaba la gasolina, Anne lo miró de pies a cabeza. Era un real mozo. Alto, fuerte, de muchas espaldas. Tenía los cabellos salpicados de hebras de plata, lo que denotaba que no era un niño. Sus ojos eran muy azules, casi tan azules como los de Peter, pero más hondos, más… expresivos. El cabello era negro y las hebras de plata lo adulteraban haciéndolo más interesante. Vestía traje gris de franela clara. Calzaba zapatos negros muy brillantes y el cuello de la camisa muy blanca, sin corbata, se veía por encima de la chaqueta.

—Ya está —dijo.

—Muchas gracias.

—No se merecen, señorita.

Subió al auto y lo puso en marcha. Anne se sintió malhumorada. Era el primer hombre que no prestaba atención a su belleza y ello la humilló. Además, no le dijo su nombre ni pareció interesado por saber el de ella. Enfurruñada, subió a su cochecito, lo puso en marcha y atravesó la carretera como un meteoro, pasando al auto acharolado de línea estilizada que corría moderadamente.

* * *

—Te lo he dicho, Peter, y te lo vuelvo a decir cuantas veces sea preciso.

—Pero, mamá…

—Ella es una desvergonzada, ¿me oyes, Peter?

—No hay derecho, mamá, a que la trates así, casi sin conocerla.

—¿Sin conocerla? ¿Qué mujer se atreve a quedarse sola en una carretera?

El abuelo intervino. Rizaba su barba y le agradaba, como siempre, oír los gritos de su hija y la voz cobarde de su nieto, que ni siquiera para defender a la mujer que amaba tenía energía.

—Una mujer valiente —dijo sin dejar de contemplar su barba.

Natalie Allyson se volvió como si la hubieran picado.

—¡Una mujer valiente! —desdeñó—. Una mujer hombruna, querrás decir. Además, no me da la gana de que Peter ande con ella de noche por las carreteras. Te aseguro, Peter, que como esto vuelva a suceder…

Sonó estridente el timbre de la puerta y Peter se apresuró a decir:

—Llaman, mamá.

—Lo oí perfectamente. Ya saldrá una doncella. Como te iba diciendo…

En el umbral se recortó la figura de un hombre elegante. La dama corrió hacia él con los brazos abiertos. El abuelo dejó de rizar la barba y se puso en pie. Peter sintió que era feliz porque la llegada inesperada de John le privaba de aquella riña ridícula.

—John, hijo mío —se enterneció Natalie.

—¡Muchacho! —gritó el abuelo, con su voz de militar retirado.

Peter no dijo nada; esperó.

Hubo los besos de costumbre, las lamentaciones, y por fin, cuando todos estuvieron sentados en torno a la mesa, Natalie volvió a la carga:

—No creas, Peter, que esto va a quedar así.

John interrogó con los ojos y el abuelo comentó en voz baja:

—Está enamorado de una muchacha que no quiere tu madre. Peter es un niño.

—¿Niño? —exclamó John, con una risa suave—. Tiene veintisiete años. —Se volvió a su madre y observó serio—: ¿Qué sucede, mamá? ¿Qué tiene de malo esa chica que ama Peter?

—Te aseguro que es deliciosa.

—¡Peter!

—¡Oh, mamá! Si Anne es… es…

—Cállate, Peter. Me veré obligada a encerrarte en casa.

—Hum, hum —rezongó el abuelo—. ¿Qué alcoba habilitamos

para el encierro?

—No lo tomes a broma, papá.

—Pero, Natalie, tratas a Peter como si fuera una criatura.

—A ti tampoco te gusta la hija de Day.

—Me gusta, ¡recuerno!, pero es algo loca.

John comía en silencio. Les observaba a todos. Parecía pensativo.

Bajo la luz de la lámpara se podía apreciar fácilmente su gran personalidad masculina, su belleza nada común, quizá un poco madura ya, pero francamente interesante. Sus ojos muy azules contrastando en la tez bronceada y el cabello muy negro, miraban a su madre y luego a Peter.

—Te aseguro, John —dijo la dama, volviéndose hacia el hijo mayor—, que Anne Day es una… una mujer demasiado moderna. El otro día organizó una carrera de caballos, y como el alcalde le prohibiera tal carrera, saltó con caballo y todo por encima de él y estuvo a punto de desnucarlo.

A su pesar, John se echó a reír.

—Será muy joven —comentó.

—Sí. Tiene dieciocho años, pero eso no es motivo para que se comporte así.

—Será una niña consentida.

—Claro que sí —rio el abuelo—. Es hija única de un hombre millonario que se casó con una mujer tan extravagante como lo es ahora su hija.

—No digas tonterías, papá.

—No las digo, querida. Robert Day estuvo muy enamorado de su mujer y lo está aún, pues la recuerda con nostalgia. Aquí siempre están riñendo, John. En casa de los Day siempre ríen. Lo toman todo por el lado humorístico. Tu madre es tremendista.

—¡Papá!

—Deja a Peter, mujer —gritó el abuelo, enojadísimo—. Ya te he dicho que no será preciso que evites la boda, porque nunca habrá boda. Anne Day no ama a tu hijo ni lo amará nunca.

—¡Abuelo!

—Perdóname, Peter. Digo la verdad, ¿sabes? Es duro a veces oír las verdades. Yo en tu lugar me retiraba, la batalla no la ganarás por mucho Allyson que seas. Anne Day es… es demasiado mujer

para ti.

—¡Papá!

—¡Abuelo!

John reía. Le divertía mucho la batalla que estaba teniendo lugar en la mesa. ¿Quién diablos sería aquella Anne Day que amaba Peter sin resultado positivo, según el abuelo?

—Figúrate, John, que esta tarde venían los dos de la playa en el auto de esa loca y se han quedado sin gasolina. Y el pobre Peter tuvo que hacer el camino a pie alumbrado por una linterna.

John se echó a reír brevemente y dijo:

—Entonces, ya conozco a la chica.

—¿Qué chica?

—La que tantos dolores de cabeza te proporciona, mamá.

—¿Que la conoces?

—Sí.

—¿Dónde la has visto?

—Le di gasolina.

A Peter se le iluminaron los ojos.

—¿Y qué te ha parecido, John?

—No me he fijado mucho, Peter. Creo que era una chica moderna y bonita. No me pareció tan loca. ¡Ah! —recordó—, me lo pareció cuando me pasó en la carretera a una velocidad de vértigo.

—Siempre va como si estuviera desquiciada —observó la dama, con despecho.

—Domina el volante, mamá.

—Cállate, Peter, no acabes con mi paciencia.

El pobre Peter calló, y John, ya fastidiado por las voces de su madre, procuró cambiar el giro de la conversación y lo consiguió cuando empezó a hablar de sí mismo.

—¿Y no te casas, John?

—Lo haré algún día, abuelo.

—¿Con Clare?

John sonrió.

—No. Clare se ha cansado de esperarme y se ha casado con otro.

Ahora fue el abuelo quien se sulfuró, pero John no era Peter. Dijo algo con sequedad y el abuelo se limitó a mirarlo.

—Clare tenía dinero, John.

—Sí. También yo lo tengo.

—Has cometido una equivocación, hijo.

—La mayor equivocación de mi vida fue haceros caso. Clare nunca fue mujer para mí. Doy gracias porque ella hizo lo que yo por caballerosidad no me hubiese atrevido a hacer nunca. Siempre he deseado enamorarme de verdad. No lo he conseguido aún.

—Ya no eres muy joven, John.

—Sé perfectamente los años que tengo —sonrió—. Pero eso no importa.

—¿Qué haces ahora, John? ¿En qué te ocupas?

—En nada. He dejado el teatro. Perdí dinero.

—¿Entonces, hijo?

—He montado una fábrica de aviones en sociedad con dos amigos. Nos va bien.

—¿Trabajas tú?

—Sí, soy el director técnico. Creo que he elegido un buen trabajo. Al menos estoy en lo mío. De algo tendría que servirme mi título de ingeniero. Bueno, ¿qué os parece si pasáramos al salón?

—¿Vas a estar mucho tiempo entre nosotros, John?

—Todo el resto del verano. Mi amigo Jim se ocupará de lo mío. Estuve un poco enfermo y por eso vengo a descansar. Además, tenía deseos de veros, pero, por favor, no riñáis más a Peter. Detesto los gritos.

—Hemos decidido marchar a Boston, hijo.

—¿Ahora?

—A finales del verano.

—Me parece bien, mamá.

—Ocúpate de restaurar la casa, hijo. Estará hecha un desastre.

John respondió con absoluta naturalidad:

—Está ya restaurada, mamá. Vivo en ella desde hace seis meses.

—Una casa como esa, en Boston, produce mucho gasto, hijo mío.

John, que no era tan mezquino como su madre, se echó a reír y observó:

—Tengo bastante para sostenerla. ¿Tomamos el café en el salón?

III

Estaba lloviendo. Anne miró el cielo a través de los cristales del ventanal y refunfuñó. No le agradaba el agua y ella deseaba salir.

—Dame una gabardina, Mary —dijo volviéndose a su doncella, que en aquel momento ponía flores en un búcaro—, y un pañuelo para la cabeza.

—¿No será mejor la capucha, señorita Anne?

—Pues, sí; tienes razón. Tráemelo todo aquí.

—¿Va a salir la señorita?

—Sí.

Entró la abuela, apoyada en el bastón de ébano.

—¿Adónde vas, torbellino?

—A bailar un poco al club.

—Diré a Jeremías que te saque el coche.

—Ya se lo he dicho yo.

—¿Sabes quién vino, Anne? El otro hijo de Natalie.

—No le conozco.

—Yo sí.

Anne no preguntó cómo era. No le interesaba.

—Te advierto que no se parece a Peter.

—Tanto mejor para él, abuela. Detesto a los hombres que se parecen a Peter.

La dama se echó a reír.

—¿Sabes, Anne? Cuando yo era joven me pretendió John Allyson.

Ahora la joven emitió una risita sarcástica y palmeó la mejilla ya fláccida de su abuela.

—Magnífico, Vera Day —exclamó, contenta—. Tú no has querido al anciano de la barba rizada y yo no quiero a su nieto. Al menos tenemos grandes ventajas sobre los Allyson, aunque ellos se crean únicos en el mundo.

—Este nuevo Allyson es diferente, Anne… John nunca hizo caso de su madre. Me gusta John. Si su abuelo se pareciera a él con seguridad que no lo hubiese despreciado.

Entró la doncella con la gabardina, y mientras le ayudaba a ponérsela, dijo la joven:

—Si llaman mis amigas por teléfono diles que estoy en el Club Náutico. Nos veremos allí.

—Bien, señorita.

La muchacha se miró al espejo. Se encontró bonita. Con la capucha parecía más joven.

—Está bien, Anne —susurró la abuela—. Eres una muchacha muy linda.

—Para ti soy la mejor de todas, a pesar de mis locuras juveniles. —Cogió la bolsa de baño y se dirigió a la puerta que conducía a la terraza—. Hasta luego, abuelita.

—¿Para qué llevas la bolsa? No dirás que vas a bañarte.

Anne se echó a reír. Su risa alegraba la casa y los rostros de sus moradores. Aquellas carcajadas ponían en el hogar una nota de felicidad incontenible. A vera Day le gustaba oír y reír y a los criados, que adoraban a Anne, les agradaba indescriptiblemente que su señorita se pasara las mañanas y las tardes riendo.

—Claro que me bañaré —exclamó la joven—. Me baño todos los días y no voy a dejarlo porque llueva un poco.

—Es que no llueve poco, Anne. Está lloviendo a cántaros.

—Aun así me bañaré. Hasta luego, abuelita.

—No me extraña que en el pueblo te tengan por una loca.

Vera Day, al hablar, caminaba tras su nieta. Esta llegó a la terraza y se detuvo junto a la balaustrada.

—Tú sabes bien que no lo soy —dijo—. Sigo mis costumbres y me agradaría que supieran respetarlas. Todo lo que yo hago quisieran hacerlo ellas, pero no saben, porque están demasiado apegadas a sus horribles tradiciones —pasó un brazo en torno al hombro de la anciana y añadió presurosa—: ¿Sabes, abuelita? Ayer noche conocí a Paul Lawford.

—¿Cómo?

Le contó lo sucedido y la anciana quedó pensativa.

—Anne —susurró luego—, ten cuidado. Paul es un hombre peligroso. Seguramente que lo verás esta mañana en el Náutico, porque ahora, con eso de que es escultor y está en Boston, la sociedad lo admite creyendo quizá que tiene una abundante cuenta corriente.

—Particularmente, ¿qué opinas tú?

—Nada. Paul no me gusta. Tiene algo en el semblante que me desconcierta, y me inquieta con respecto a ti.

—Él no sabe quién es la chica de la carretera.

—No lo supo ayer, pero sí lo sabe hoy. Ya se encargaría de averiguarlo.

—¿Y esas mujeres que le acompañan, abuela?

—Esta vez vino solo, querida.

—¡Ah…! ¡Hasta luego, queridísima!

Besó a su abuela y presurosa descendió hasta, el jardín. Subió al auto rojo, lo puso en marcha y agitó la mano.

—Sé prudente, Anne —recomendó la dama—. No vayas a pillar una pulmonía.

La joven se echó a reír y sus risas se confundieron con el trepidar del motor.

Una vez el auto desapareció tras la verja que nuevamente cerró el portero, Vera entró en el saloncito apoyada en su bastón de ébano. Iba pensativa.

—¿Dónde está Anne, mamá? —preguntó Robert Day, apareciendo en el saloncito.

—Se ha ido al Náutico.

—¿Y qué piensa hacer en el Náutico, con este día tan infernal?

—Dijo que iba a bañarse.

—¿Bañarse? Anne no está bien de la cabeza.

—Siéntate un momento, Rob; vamos a hablar de tu hija.

Robert Day encendió un puro habano y se hundió en el sillón con las piernas cruzadas y los ojos clavados en el rostro reflexivo de su madre.

Era un hombre aún joven. Tendría cuarenta y nueve años o quizá menos, a juzgar por la tersura de su rostro y el brillo juvenil de su mirada. Era alto y delgado. Se parecía a su hija.

—Tú dirás, mamá.

—Rob, Anne me tiene preocupada. Creo que lo mejor es marchar del pueblo. Abriremos nuestra casa en Boston y…

—No, no, no, mi querida Vera —refutó el caballero, quitando el cigarro de la boca—. Boston resultaría pernicioso para nuestra muchacha. Déjala aquí. Estamos todos muy bien.

—¿Y su felicidad?

—Oh, llegará, tenlo por seguro. La felicidad, mamá, no se encuentra por las esquinas y corre tras de uno, cuando se huye de ella.

—¿Acaso te agrada Peter para tu hija?

—Claro que no.

—Rob, estoy asombrada de tu pasividad ante las extravagancias de tu hija. Ten en cuenta que jamás la reprendes. Anne hace y dice cuanto le viene en gana, sin que nunca tú te opongas. ¿Crees que eso la beneficiará?

Robert se echó a reír. Su risa era tan abierta como la de Anne, y sus ojos muy azules reían también a la par que la boca.

—Escucha, mamá. Cuando yo era joven, llegué a este pueblo. Vosotros vivíais aquí, y yo, una vez terminados mis estudios, regresé al hogar creyendo que al mes siguiente ya no podría soportar esta monotonía. Aquí había una chica de Nueva York dedicada a no sé qué asuntos de laboratorio. Era tan original y extravagante que la gente le daba de lado. A Anne no le interesaba gran cosa la opinión de los demás y hacía su vida, una vida muy en contraste con la del pueblo. Recuerdo muy bien que una tarde, al salir yo de casa, un caballo cruzaba la calzada. El jinete era una mujer de cabellos muy negros y ojos claros. Me miró, se echó a reír y me pisó con el caballo. Tú te pusiste furiosa.

—Lo recuerdo, Rob.

—Bien. La joven se tiró del caballo y se lamentó. «Oh, cuánto lo siento. ¿Quiere usted que le cure ese pie lastimado? Pobre muchacho». Me dieron ganas de matarla y tú te pusiste furiosa, reñiste con ella, la insultaste y afeaste su conducta tanto que me hiciste parecer muy pequeño a vuestro lado. Anne se echó a reír con su risa juguetona y te dijo con la mayor tranquilidad del mundo: «Lo siento, señora Day, ignoraba que este joven fuera su hijo». Y se marchó, subió a su caballo y galopó por la plaza.

—Lo sé todo, Rob.

—Desde aquel día busqué afanosamente a Anne. Ella, instintivamente, me buscó a mí. Nos amamos. ¿Loca? ¿Extravagante…? —sonrió dulcemente—. Dime, mamá Vera, si sigues creyendo eso.

—No, Rob. La he querido mucho.

—El pueblo entero se puso rojo de indignación cuando anuncié mi compromiso con la bella joven. Me vaticinaron qué sé yo cuántas desgracias. Fui muy feliz y no hubo jamás mujer alguna que quisiera tanto a su marido y a su hija.

—Es cierto, Rob.

—Por esa razón, dejo a Anne que haga lo que quiera. ¡Es exactamente igual que su madre, y yo sé muy bien cómo era ella!

Se puso en pie y besó la mejilla rugosa de la anciana.

—Rob, hijo, aun así temo que Anne llegue a sufrir mucho.

—¿Qué es la vida sin su ración de sufrimiento? Yo también he sufrido, madre, y sin embargo, amé mucho. Deje a Anne que goce y sufra a la vez. La vida está regada de ambas cosas y los humanos tenemos que probarlo todo.

* * *

La llegada de Anne Day causó un poco de expectación por su indumentaria. Vestía una simple bata de rayas blancas y negras, calzaba zapatos bajos y llevaba una gabardina *beige* atada con descuido, marcando la flexibilidad de su cintura. Cubría la cabeza con la capucha y en la mano colgaba el bolso de baño. En la terraza del Náutico no llovía porque se hallaba cubierta. No obstante, se veía el agua caer sobre la arena y golpear en el mar cada vez más enfurecido. En torno a las mesas diseminadas por la terraza estaban los amigos de Anne. Todos la saludaron y le enviaron una sonrisa de bienvenida. Anne correspondió a los saludos con aquella su gentileza desenvuelta que nadie podría jamás imitar, aunque lo intentaban, y se apoyó en el tablero de la mesa tras el cual estaban Peter y el hombre elegante que le dio gasolina en la carretera. Anne lo reconoció al punto y se dio cuenta asimismo de que era John, el hermano de Peter.

—Buenos días, Anne.

—Hola, amigo —rio la joven, echando la capucha hacia atrás y dejando al descubierto sus cabellos negros cortados a lo chico—. ¿Cómo te las compusiste ayer para llegar a casa? ¿Tuviste mucho miedo?

—¡Anne!

—¡Oh! —exclamó la joven, sin dejar de sonreír—. No te hagas el valiente. Ayer noche no me enteré de tu miedo porque me convenía que avisaras a papá. Pero hoy nos ilumina la luz del día, ¿eh, chico?

Peter se sentía intimidado no solo por lo que decía Anne, sino porque John estaba oyéndolo y le llamaría tonto. John no dijo nada. Miraba a Anne y sin sonreír aquilataba el valor de la joven. Esta lo miró brevemente y acentuó la sonrisa.

—Te presento a mi hermano John, Anne —se apresuró a decir Peter—. Esta es Anne Day, John.

John estrechó la mano que la muchacha le tendía y no dijo nada.

—Le conocí anoche en la carretera —explicó Anne, con gracia indescriptible—. Fue él quien me ofreció la gasolina, pero ignoraba que fuese tu hermano.

—Siéntate, Anne.

—No, no; voy a bañarme.

—¿Bañarte? ¿Con este día tan infernal?

—¿Qué importa eso? Hasta luego, chicos.

—Está como un rebaño —comentó Peter con suficiencia, mirando a su hermano que no había dicho ni media palabra desde que llegó la joven—. ¿No crees, John?

—Si es su gusto…

—Pero si llueve a cántaros.

—Ya lo veo.

—¿Qué te ha parecido, John?

—¿Quién?

—Anne.

—¡Ah!, muy bonita.

—¿Nada más?

—¿Qué quieres que te diga?

—Pues no sé…

—¿Qué te trata como si fueras un pelele?

—Es verdad.

—Evítalo.

—¿Cómo?

—Bailando con otras chicas. Olvídala y dale celos.

Peter se sintió deprimido.

—Quizá lo haga —dijo, evasivo.

Cruzaron por allí un grupo de chicas y saludaron a Peter. Este se sintió más ufano porque le agradaba que su hermano observara que tenía simpatías. Las saludó a su vez y las invitó a sentarse junto a ellos. Las presentó a su hermano y, claro, Peter nunca supo que si lo saludaban era por John.

Cuando Anne salió ataviada con el traje de baño y sin gorro, muchos ojos gravitaron sobre ella. Una de las chicas dijo despechada:

—Va a bañarse. Es solo para llamar la atención.

Anne cruzó la terraza con toda tranquilidad. Su figura ingrávida, esbelta y hermosa, se mostraba a todos los ojos y, naturalmente, todos los ojos la contemplaban.

John la miraba de modo raro. Tenía los párpados entornados y a través de ellos la figura femenina se clavaba en la retina del hombre mundano, que no exteriorizó su parecer.

Anne, ajena por completo a la atención de que era objeto, bajó a la playa, se lanzó al mar y su cuerpo de sirena se mezcló con las olas espumosas que parecían gozarse en mecer el cuerpo atrevido.

—Es horrible —exclamó Peter, tembloroso—. Una de esas enormes olas va a tragársela.

—Nada muy bien —dijo una voz tras sí.

Todos se volvieron. Paul Lawford estaba allí ataviado con su traje de verano color arena, la sonrisa en los ojos grises y el pitillo colgando indolentemente de sus labios.

Al verle, John le saludó cordial y le presentó a las muchachas. Paul las saludó asimismo atento, y después miró hacia el agua, que lamía ya los muros de la terraza.

—¿Qué te parece, John? —rio divertido—. Esta muchacha es muy valiente.

John curvó la boca en una sonrisa extraña, pero no hizo comentario alguno.

Una de las grandes olas envolvió el cuerpo juvenil y todos se sintieron impresionados, cohibidos. La nadadora avanzó

tranquilamente. Nadaba con una perfección admirable y desafiaba a las olas con la mayor naturalidad. Paul se quitó el cigarro de la boca y sonrió.

—¿Vienes por mucho tiempo, John? —preguntó sin dejar de mirar hacia el mar.

—Quizá todo el verano. ¿Y tú?

—No lo he decidido aún. ¿Quién es la nadadora?

Respondió una jovencita, con cierto retintín:

—Anne Day.

¿Anne Day? Paul se quedó un poco suspenso. Por supuesto, se dio cuenta en seguida de que la nadadora y la muchacha de la carretera eran una misma persona. ¿Y era hija de Robert Day? El descubrimiento no le desagradó en absoluto. Miró a John.

—¿No me viste ayer noche? —preguntó—. Estaba sobre mi caballo cuando ofreciste gasolina a aquella joven.

—No, no te vi —repuso indiferente.

No eran amigos. Se conocían simplemente y John era demasiado caballero para admitir de buen grado la amistad de Paul Lawford… De todos modos, como era hombre correcto, soportó el saludo y hasta correspondió a él, pero, repetimos, no le agradaba nada Paul Lawford.

Anne, cuando se cansó de nadar, pisó la roca y sacudió el corto cabello. Sobre la piedra que unía la terraza con la playa, erguida y firme, con los cabellos pegados en la frente, parecía una figura extraña, de belleza inconcebible. El agua que caía insistente mojaba su cuerpo, bañando el salitre que resbalaba a placer.

—Es curioso —comentó Paul—. Es la primera vez en mi vida que observo este cuadro.

Anne caminó sin prisas, al llegar a la mesa donde Peter trataba de contener su nerviosismo. Sonrió en general, y sus ojos, solo por un instante, se clavaron retadores en John Allyson, que no movió un solo músculo de su cara. La mirada femenina se posó al fin en Paul y se echó a reír.

—Te presentaré a Paul, Anne —dijo Peter.

Anne movió la cabeza, sin alargar la mano.

—Voy a vestirme —dijo.

Y se alejó.

Cuando reapareció de nuevo, todos bailaban, incluso Peter.

Anne llevaba el cabello peinado hacia atrás, pegado a la cara. A otra mujer cualquiera el peinado ramplón hubiera restado encantos. A Anne se los aumentaba. La bata muy ceñida, el escote muy pronunciado, los labios sin pintar y sin retoque alguno en el rostro parecía la estampa viva de la juventud. Miró a un lado y otro y se echó a reír con aquella su risa a lo papá Robert.

—Puedes sentarte a mi lado —dijo John, apareciendo tras ella.

Anne lo miró brevemente y avanzó sin prisas. Sentada frente a John, buscó con los ojos algo que halló bailando.

—¿Le conoces mucho? —preguntó, señalando a Paul.

—Algo.

—¿De Boston?

—De Boston.

—¿Sois muy amigos?

John encogió los hombros. Era un hombre muy interesante. Al menos, Anne lo juzgó así sin titubeo alguno. No se parecía al abuelo de la barba, ni a la maniática y presuntuosa Natalie, ni al bobalicón de Peter. «Uno que desertó de la familia Allyson», pensó la joven, divertida.

—No.

—Eres parco en las respuestas.

—Nunca fui muy locuaz.

—Ya. No te pareces a tu hermano.

—No. Dime, Anne Day, ¿qué placer has sacado bañándote hoy? ¿Es cierto que lo haces para llamar la atención?

Papá Robert se hubiera divertido viendo a su hija reír alegremente.

—Tu risa es contagiosa —comentó John, aunque él no reía.

—Me hace gracia tu pregunta, John. Quizá me llames vanidosa, pero no lo soy. Te aseguro que yo no necesito bañarme lloviendo a cántaros para llamar la atención. La gente del pueblo la tomó conmigo y tanto si me baño como si no, han de decir lo que dijeron hoy delante de ti.

—¿Por qué sabes que lo dijeron?

—Porque lo dicen siempre. El día que desnuqué al gordinflón del alcalde, por nada me cuelgan de un árbol, y yo te aseguro que lo hice adrede.

—Es justo entonces que te colgaran.

—Claro —rio—. Si lo hiciera una de mis amigas se disculparía aduciendo que el hecho ocurrió inconscientemente. Yo dije sencillamente la verdad.

—¿Y esa verdad fue?

—Que lo hice adrede, con todas mis ganas.

—Por lo visto el señor alcalde no te es simpático.

—Le detesto con todas mis fuerzas. Y tú lo detestarás cuando lo conozcas bien.

—Ponme en guardia.

Anne sonrió.

—No sería leal si lo hiciera. Te voy a contar un hecho que ocurrió este invierno. Quizá ya lo hizo tu madre advirtiéndome contra mí. Tu madre me detesta tanto como yo detesto al alcalde.

—¿De veras?

—Ya lo sabes. No te hagas el inocente… Bien, como te iba diciendo, era un día de nieve. Hacía un frío horrible. Yo salí en mi coche y en la plaza me encontré a dos niños, mal vestidos, peor calzados y con los miembros ateridos de frío. Los coloqué en el auto, puse este en marcha y me dirigí a un almacén de ropas. Vestí a los chicos y los llevé de nuevo a la plaza.

—¿Y bien?

—Resultó que eran hijos del alcalde. Este se puso furioso y, en vez de agradecimiento, indujo a la gente contra mí. Esto no me hizo gracia alguna. No me disculpé, por supuesto. Al día siguiente llegó la protesta a papá.

—¿Y qué dijo el señor Day? —sonrió John, divertido.

—Que no me gastara el dinero con desgraciados. Eso fue todo. Luego me enteré de que el alcalde tenía a sus hijos castigados en el sótano y por eso los chiquillos, que se habían escapado, estaban entre la nieve poco menos que desnudos. La cosa, aunque te parezca que no, para mí tuvo mucha gracia.

—A mí me parece también que la tuvo.

—Pues eres el primero que lo dice. Peter se enfadó conmigo y estuvo sin hablarme dos semanas. Las chicas me miraron por encima del hombro y *madame* Allyson no correspondió a mi saludo matinal. Como ves me dejaron aislada.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada. Continué bañándome aquí.

—¿En invierno?

—¡Claro; me baño durante todo el año, tanto si llueve como si no!

—Eres una chica original —comentó John de modo vago.

La joven se puso en pie y alisó más el cabello con la mano.

—Me marcho, ¿sabes? No me gusta hacer esperar a Robert Day para comer.

—Se me antoja, Anne, que adoras a tu padre.

—En efecto. Es el hombre más admirable que he conocido.

—¿Has conocido a muchos hombres? —sonrió John brevemente.

—A Peter y sus amigos. Ahora a Paul y a ti.

John tuvo que reír. Esta vez lo hizo más ampliamente y a Anne le gustó el brillo de aquellos ojos azules y la blancura de los dientes masculinos que rara vez quedaban al descubierto.

«Es un hombre mayor —pensó—, pero muy interesante. Nunca he conocido un hombre como él. Hasta esas hebras de plata que adornan sus cabellos negros, le dan una personalidad única, casi inconcebible».

Alargó la mano. Era una mano delgada y morena, de dedos muy finos rematados por las uñas muy cuidadas, pero sin pintar. En uno de aquellos dedos lucía un solitario de gran valor.

—Adiós, John. No digas a mamá Natalie que has hablado conmigo. Tendrá miedo de que te enamore.

—Mi madre te inspira poca simpatía.

—Te equivocas. Aunque te parezca extraño es ella la que me detesta a mí. Dice que tengo las artes del diablo.

John apretó los dedos delicados, y bajó los ojos hasta la mano que apretaba entre las suyas.

—¿Por qué no te pintas las uñas?

—Nunca me las pinto. Ten en cuenta —rio burlona— que eso de pintarse las uñas es muy vulgar. Lo hacen todas mis amigas.

—Y tú quieres ser única.

—No pretendo tanto. Hasta otro día, John.

Se alejó, gentil y dinámica. John, de pie en la terraza, la vio cruzar la calle y subir al auto rojo. Observó cómo ella se sentaba ante el volante y emprendía la marcha. Con los párpados entornados, John la siguió hasta que el auto rojo hubo desaparecido.

IV

Estaban todas las chicas reunidas en una sala de fiestas cuando apareció Anne en el umbral. Vestía un modelo de tarde blanco, muy apretado en la cintura y cayendo en amplios vuelos. Exageradamente pronunciado el escote y la espalda dejando ver la carne morena y joven. Sin pintura en los labios, con la cara curtida por el sol y peinada a lo chico con la mayor sencillez se destacaba de todas sus amigas. Estas observáronse a sí mismas, que para realzar su belleza tenían que pintarse e ir cada dos días a la peluquería. Y aquella muchacha que avanzaba sobre sus altos zapatos de tacón, tenía tantos encantos naturales que si hiciera uso de la pintura los hubiera destrozado.

Paul le salió al encuentro y Anne le sonrió un poquitín burlona. John se puso en pie y retiró la silla.

—Gracias, John —dijo. Y después los saludó a todos en general.

—Has tardado mucho —reprochó Peter.

—Es que estuve pensando en algo muy divertido.

—¿Qué es ello?

—Primero he pensado en una carrera de coches —comentó sentándose entre John y Paul—. Pero lo deseche porque solo John y yo disponemos de automóviles. Esta monotonía es insoportable —añadió sin prisas. Todos estaban pendientes de lo que ella iba a decir—. Todos los días iguales: baño por la mañana, aperitivo a la una, casa hasta las cuatro y reunión en esta sala a las seis. Vosotras quizá podéis soportarlo, yo no, y he pensado organizar una excursión. ¿Qué os parece?

—A mí no me dejará mamá —dijo una con cierta ridícula

reserva.

—Yo tengo que estar en casa a la hora de todas las comidas —adujo otra.

—Papá no me consiente ir con chicos.

—A mí tampoco…

—Basta, chicas, basta —rio Anne, hastiada—. ¿Sabéis lo que os digo? Vivimos en un mundo moderno y desenvuelto y nosotras mismas nos hacemos más infelices. Esto no parece un pueblo civilizado, si no una jaula sometida a un deber estúpido. Bien, no hablemos más de ello. Tengo un padre severísimo, pero jamás me privó de mis gustos naturales de muchacha joven. Iré yo sola.

—¿Sola? ¿Adónde?

—Pues no lo sé. Mañana domingo no me lo paso en casa. Me iré en mi coche y no regresaré hasta la noche.

—Si me lo permites, te acompaño —dijo John.

Anne volvió hacia él los ojos y los miró brevemente con expresión rara.

—¿De veras?

—Sí.

—Yo también te acompaño, Anne.

—¿De veras, Peter?

—Claro.

—Y yo —dijo Paul.

Anne quedó pensativa unos instantes.

—Bien. Entonces iremos los cuatro.

Las muchachas se miraron unas a otras y se ruborizaron.

—¿Vas a ir sola con tres hombres? —preguntó la más atrevida.

Anne se echó a reír.

—Es menos peligroso tres que uno, Paloma. Aparte de que a mí no me asusta una legión entera. Te advierto que lo pasaréis muy bien si os unís a nosotros.

—Lo preguntaré en casa, pero seguramente que no me dejarán.

—Si cambiáis de parecer me lo decís por teléfono —añadió Anne indiferente—. La excursión será a la montaña. Llevaremos la comida y estaremos allí todo el día. Dejaremos los autos en el parador y escalaremos hasta la cima. Tiene que ser muy divertido.

Dicho aquello se puso en pie y alargó la mano hasta Peter.

—¿Bailamos, querido?

Todas se miraron de nuevo. La desenvoltura y el atrevimiento de Anne no lo admitían ni lo comprendían en absoluto. Peter, halagado, se puso en pie y Anne se colgó de su brazo. Estuvieron bailando casi toda la tarde y en la mesa —entre las mujeres, claro— hubo los consiguientes comentarios:

—Una desfachatez.

—Mira que atreverse a ir sola con tres hombres.

—No me explico cómo Robert Day consiente de ese modo a su hija.

—Y sin pintar para diferenciarse de todas.

—Y esos cabellos deslucidos…

John oía y callaba sin dejar de fumar indolentemente. Paul reía entre dientes, mientras seguía con los ojos la silueta joven e insinuante que le gustaba cada vez más.

* * *

Paul tuvo que salir inopinadamente para Boston y se excusó por teléfono con Anne. Esta se sintió satisfecha porque el hombre le desagradaba y llevarlo con ellos en la excursión le hubiese molestado mucho.

Peter le dijo a John que hiciera él el comentario en la mesa, pues no se atrevía a decírselo a su madre.

—Si hablas tú, ella no se opondrá.

—Pareces un niño, Peter —sonrió John, indulgente—. ¿Tan enamorado estás de Anne Day?

—Mucho. ¿No crees justificado mi amor?

—Quizá. Dime: ¿en el supuesto de que ella correspondiera a tu cariño, te atreverías a hablar enérgicamente con mamá?

Peter metió el dedo entre el cuello y el nudo de la corbata y pretendió estirarlo. Algunas gotas de sudor perlaban su frente, pero el joven lo atribuyó al calor.

—Contéstame, Peter.

—No sé, John. Me ayudarías tú, ¿verdad?

—Yo —rio—. Solo puedo decirte, Peter, que Anne no es mujer para ti.

—¿Por qué? —se angustió el pobrecito Peter.

John hundió las manos en los bolsillos del pantalón y caminó de

prisa. Iban en dirección a casa, después de haber acompañado a las muchachas. Anne Day se había ido sola en su coche, ahuyentando con una sonrisa la desagradable impresión que pudo causar su negativa ante el interés de Peter por acompañarla.

—Porque Anne es una muchacha enérgica, decidida, valiente… Tú no eres ninguna de esas cosas. Anne Day necesita para ser feliz un hombre que la quiera mucho, sepa demostrárselo, y al mismo tiempo que la domine.

—¿En un solo día has observado todo eso?

—Me gusta observar —dijo, evasivo—. Mira, ya hemos llegado. Ahora dirás a mamá que mañana vamos a la montaña.

—¿Y tú qué dirás?

John se detuvo junto a la cancela y se quitó sin prisas el cigarro de la boca. Sus ojos muy azules, muy pensadores, se detuvieron en el rostro de su hermano un instante, como si no comprendiera el significado de la pregunta.

—¿Yo? —se echó a reír—. Yo no pido permiso, Peter. Yo iré, ¿comprendes? Siempre hice lo que me dio la gana. Además —aquí un dejo de nostalgia—, ya no tengo veintiséis años, querido Peter. Tengo, por el contrario, diez más. Ya soy un viejo.

Empujó la cancela y entró en el parque.

—John —susurró el otro yendo tras él—, ¿me ayudarás al menos, no?

—Tú habla. Quizá no diga nada o quizá sí. Depende de cómo se presente la conversación.

Esta tuvo lugar después de la cena. Cuando los cuatro tomaban el café en la terraza, la dama preguntó:

—¿Dónde habéis estado?

Contestó John:

—En la sala de fiestas.

—¿Solos?

—Con unas chicas que me presentó Peter esta mañana.

—Entonces ya habrás conocido a Anne Day.

—Sí.

—¿Y qué juicio te merece, John?

Este quitóse el cigarrillo de la boca y expelió el humo con lentitud. Al fin dijo:

—Es bella.

—¿No te ha parecido muy loca?

—No.

—Pero sí lo es mucho, John.

—Cada uno tiene su criterio.

—Un hombre tan formal, tan serio y comedido como tú —intervino el abuelo— ha de juzgarla mal sin remedio, muchacho.

John volvió a fumar. Hablaba poco, sonreía a medias y su lema era: «Nunca digas a nadie lo que no sabes tú mismo».

—Tal vez no soy tan sensato ni tan comedido ni tan serio como tú me imaginas, abuelo —sonrió—. Anne Day es una muchacha sencilla y bonita.

Natalie se enfureció, si bien, ante el hijo mayor domeñó su despecho.

Entonces Peter aprovechó la pausa para decir con voz vacilante:

—¿No te parece que debería salir con ellas, mamá?

—De todos modos yo pienso hacerlo —dijo John.

Natalie comprendió que no conseguiría dominar a John y por eso mismo lanzó sus baterías sobre Peter de tal manera que el pobrecito Peter se consideró el más humillado e insignificante de los hombres, y supo que la montaña no tendría el placer de verlo a la mañana siguiente.

Y en efecto, no lo vio.

John se levantó muy temprano. Se puso un pantalón de dril claro, calzó zapatos de deporte, una camisa de seda marrón y un jersey blanco. Al salir a la terraza encontró a Peter.

—¿No vienes, Peter?

—No quiero enfrentarme de nuevo con mamá.

Los labios de John se curvaron en una sonrisa conmiserativa, si bien no hizo comentario alguno. Al cruzar el parque encontró al abuelo que regaba unas flores.

—Bravo, John —susurró—. Si yo hubiera sido de joven como tú eres ahora, habría sido más feliz. Pero, ten cuidado, ¿eh? La hija de Day es peligrosa.

John palmeó la espalda de su abuelo y se marchó sin responder.

* * *

El auto rojo apareció en la plaza justamente cuando la gente salía

de misa de ocho. Y todo el mundo vio como el hijo mayor de los Allyson se sentaba junto a la conductora y el auto rojo se perdía calle abajo, en dirección a la lejana carretera.

Tuvieron lugar los consiguientes comentarios. La Day sola con un hombre a las ocho de la mañana. Indecente, vergonzoso. La noticia corrió de boca en boca y llegó a Vera Day a las ocho y media por mediación de una doncella. Vera se disgustó mucho y fue al despacho de su hijo a dar las quejas. Robert Day se encogió de hombros y sonrió. Dijo tan solo:

—Anne es una chica valiente y honrada.

—Pero tu proceder de padre es… es…

—No te alteres, Vera Day. Me gusta John Allyson. Peter me resulta… insulso, estúpido. John Allyson es un hombre.

—Tu hija tiene dieciocho años y John treinta y seis. Es una edad desproporcionada aun en el supuesto de que ambos se enamoren.

—Para el amor no hay edad. Tengo mucho trabajo, mamá, y no puedo entretenerme. Deja a Anne que disfrute en la montaña.

—¿Es que no sabes adónde va?

Robert dejó la pluma sobre la mesa y se echó a reír a lo Anne Day.

—Nunca ignoro nada relacionado con mi hija, mamá. Sé adónde va, con quién va y por qué va. Únicamente me extraña que no la acompañe Peter.

La dama salió del despacho rezongando algo entre dientes y Robert quedó riendo.

En el auto rojo tenía lugar la siguiente conversación:

—¿Y Paul? —preguntó John, extrañado.

—Ha tenido que salir para Boston este amanecer. Me llamó ayer noche por teléfono. Se conoce que tenía el recado en casa cuando llegó.

—Ya.

—¿Y tu hermano? Por lo visto nos han dejado solos.

—Peter tiene otros planes para hoy.

La conductora que vestía pantalones azules y jersey blanco, calzaba zapatos bajos de deporte y ocultaba los cabellos bajo un gracioso gorrito, miró a John a través de sus gafas de sol y se echó a reír enseñando los dientes tan blancos.

—No sirves para decir mentiras, John. A Peter lo retiene en casa

el geniecito de mamá Natalie. Me pregunto, John, por qué tu madre me tiene ese odio. A última hora, nunca le hice nada.

—Juegas con Peter y ella lo sabe.

—Peter ya no es un niño.

—Por esa misma razón. No lo es y tú le haces…

—¿Qué hago?

—Haces niño a Peter.

—No digas tonterías. Peter tendrá hijos, esposa y quizá una amante y seguirá siendo un niño grande.

—Tú no estás enamorada de Peter, ¿verdad?

Las gafas oscuras se clavaron fugazmente en los ojos azules.

—¿Tú qué crees?

—Que no estás enamorada.

—No, no lo estoy —confesó reflexiva—. No me enamoraré nunca.

—Lo dices con nostalgia. ¿Quisieras enamorarte?

Anne sonrió. Atendía al volante y de vez en cuando aminoraba la marcha para ver mejor a John.

Estaba muy bonita tanto si a John se lo parecía como si no. Era bella y sobre todo muy atractiva, de una sensibilidad extremada; se le notaba en la forma de mover las manos, en el movimiento de los labios, en la celosía de los párpados que ocultaban una mirada ávida y luminosa.

—Tal vez sí —confesó—. No sé lo que siente una mujer enamorada.

—¿Qué quisieras sentir tú?

—No sé, John. Es difícil averiguarlo. De todos modos te diré que me gustaría ser dominada por un hombre. Hasta ahora los he dominado yo a todos —se echó a reír un poco nerviosamente y continuó—: Tiene que ser bonito amar y que te amen. ¿Tú no estuviste enamorado, John?

—Los hombres amamos con frecuencia.

—¿Amáis?

—Bueno, quizá no es amor, pero mientras lo creemos así no le damos un nombre supuesto.

—Ya.

El auto se deslizaba ahora por la carretera solitaria. A lo lejos se divisaban las cumbres y en dirección a ellas corría el automóvil de

Anne Day.

De súbito, dijo John:

—¿No temes que nuestra salida de hoy provoque comentarios poco favorecedores?

Anne se echó a reír alegremente.

—No, John. No temo nada en absoluto porque comentan sin tener motivo, mejor que hallen una base en que fundar sus críticas. ¿Sabes, John? Me gustaría vivir lejos de esto. Aquí es… es tonto vivir. No sé cómo explicarte, pero lo cierto es que detesto los pueblos.

—¿Y qué me dices de la gente?

—Me son indiferentes. Les doy tanta importancia como a un cigarrillo cuando tengo muchos.

—Eres una chica independiente.

—Sí.

—¿Le has dicho a tu padre adónde ibas esta mañana?

Las gafas oscuras se clavaron bruscamente en los ojos masculinos.

—Papá sabe siempre adónde voy, porqué voy y cuándo vuelvo. Robert Day es el mejor amigo que he tenido en toda mi vida.

V

Eran las seis de la tarde.

Habían comido bajo la sombra de un árbol después de dejar el auto en el parador y escalado la montaña. John llevaba la mochila al hombro y Anne una bolsa repleta de fiambres. A las cinco se bañaron y de nuevo escalaron la montaña hasta la cima. Ahora, a las seis de la tarde, Anne, vestida ya, se hallaba tendida boca arriba con un cigarro en los labios. No llevaba gafas y sus ojos verdes e inmensos miraban los de John. Este, tendido a su lado y apoyado en un codo, se inclinaba hacia la mujer joven y bella a quien tenía deseos de besar.

—Ha sido un día muy agradable, John —confesó la voz femenina, dulce, armoniosa y tenue como un suspiro—. No lo olvidaré nunca.

—Anne, si yo te dijera que deseo besarte, ¿qué me responderías?

—Que no me besaras. Nunca me ha besado hombre alguno, John —susurró—, y sería lamentable que… el primer beso lo recibiera tan tontamente.

—¿Por qué tontamente?

—Porque no es el cariño lo que nos inspiraría el deseo.

—Somos amigos, Anne. ¿Acaso das tanta importancia a un beso?

Cada vez se inclinaba más hacia ella, pero Anne no se inmutaba por tan poca cosa. Sabía que John no la besaría si ella no se lo permitía y, desde luego, no estaba dispuesta a servir de juguete a los deseos del hombre casi maduro.

—Pues verás, John: no es que dé mucha importancia a un beso. Si me dicen que fulanita de tal está en aquella colina besándose con

un hombre, para mí, ella sigue siendo quien era, ni más ni menos quien era. Ni baja ni sube en mi concepto. Pero yo no seré nunca la chica de la colina, ¿comprendes?

—No te comprendo.

—Te lo explicaré mejor.

Se incorporó sobre un codo y sus cabellos rozaron la mejilla de John, que a su pesar sintió algo extraño en todo su ser.

—Un hombre y una mujer se aman, justo y lógico es que ambos se demuestren ese cariño de alguna manera. ¿Los besos? Sí, quizá los besos pueden demostrarlo. Pero cuando un hombre y una mujer se gustan tan solo y se besan, cometen un pecado mortal en mi concepto. Es por lo que yo no besaré nunca, excepto al hombre que me ame de verdad y del cual espero yo la felicidad.

—De todos modos —repuso John con cierto tonillo irónico—, tus amigas que saben que estamos solos en la montaña han de decir…

La mano de Anne se agitó en el aire.

—No me importa la opinión del mundo, amigo mío; solo me importa mi propia opinión. Tengo un alto concepto de mí misma y no menguaré de él por nada ni por nadie.

—Eres una chica original —susurró quedamente.

Y es que al lado de aquella muchacha estaba deseando lo que jamás había deseado con otra alguna. Se asustó un poco ante sus propios sentimientos, pero no los dejó al descubierto. Tan solo, en un instante de exaltación, aprisionó las dos manos de Anne y las apretó dolorosamente entre las suyas.

—¿Qué haces? —preguntó ella, extrañada.

—No me darás un beso, Anne, aunque lo deseo con todo mi ser; pero al menos déjame tener tus manos entre las mías. Es casi una necesidad.

Anne se echó a reír con aquella su risa un poco inconsciente y dejó las manos prisioneras. John las llevó a los labios y las besó en las palmas apretadamente.

—¡Oh, John, por favor…!

—Anne, en este instante…

—No, no. Preferible es que te lo calles.

—¿Crees acaso que puedes reírte de mí como lo haces de Peter?

No. Ella no podría reírse jamás de John Allyson. Había algo en

aquel hombre que la atraía de modo extraño. Algo indefinible que le hacía desear montones de besos, o un solo beso. Pero no lo dio. ¡Oh, no! Sería más doloroso aún el recuerdo de un instante demasiado breve.

—Nunca pretendí reírme de Peter, John. Es tu madre que se empeña en separarlo de mí y me da rabia, me humilla.

—¿Serías capaz de amar mucho, Anne, pese a tus aires de superioridad?

—Sí —confesó bajísimo—. Sería capaz de amar apasionadamente, John, como tú no puedes imaginar, pero no sé si encontraré nunca al hombre que necesito.

—¿Cómo es ese hombre?

—Más joven que tú —comentó burlona.

Le pesó en seguida. Comprendió en aquel instante que John tenía complejo de años y se arrepintió de haber herido su susceptibilidad, si bien no dijo nada que lo demostrara.

John, despacio, soltó sus manos y con rara mirada consultó su reloj.

—Son las siete, Anne. Debemos volver.

Descendieron juntos. De pronto, Anne se colgó del brazo de John y lo apretó.

—Me voy a caer si no me sostengo, querido.

En medio de la montaña la atrajo hacia sí casi bruscamente. La cerró en sus brazos y la besó en la boca. Anne se tambaleó y John la apretó contra sí sin dejar de besarla. Los labios de la muchacha se crisparon. Estaban fríos y apretados como si no quisiera admitir el beso. Después se diluyeron dentro de los de John, se entregaron, cálidos, suaves…

—Discúlpame —susurró él.

—Es el primer beso que recibo, John. El primero, y fuiste tú quien…, quien…

La atrajo de nuevo contra sí y susurró la voz masculina, con la boca pegada en la garganta tibia:

—Tengo muchos años, pero sé besar, Anne. Sé despertar la sensibilidad de la mujer; de la mujer que como tú alardea de algo que no tiene.

—Suéltame —suplicó.

Al mirarse, los ojos verdes tenían cierto vaho de lágrimas, y

aquello enterneció al hombre hasta lo inaudito.

—Anne —musitó—, ¿cómo es posible que el mundo, el pueblo miserable en que vives te crea una niña loca?

—Es que solo tú has descubierto mi sensibilidad, John.

—¿Y lo sientes?

—No sé si sabrás apreciar lo que te di esta tarde.

* * *

Parte del regreso se hizo en silencio.

Ahora conducía él. Anne, sin el gorrito de punto, apoyaba la cabeza en el respaldo y el viento movía los cortos cabellos atrayéndolos hacia la frente. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta como si aún estuviera sintiendo el beso cálido y apretado de John en sus labios.

—John —suspiró—, ¿has besado a muchas mujeres?

—A muchas, querida.

—¿Y a todas…, a todas… fue como a mí?

—No.

—¿Por qué?

—Ni yo mismo lo sé.

—John…

El auto aminoró la marcha. Eran las once de la noche y John estaba inquieto, pero no así Anne Day. Le importaba un ardite que la vieran regresar a aquella hora. Papá Robert era el único que le interesaba y este ya sabía que no podría llegar antes de las once y media.

—Dime, Anne.

—¿Te consideras mi amigo?

—Desde luego. Soy tan amigo tuyo como tu padre.

Nada repuso la joven. Le miró a través de la oscuridad. Guapísimo sin rebuscamientos. Gallardo como ningún otro…

—¿Me das un cigarrillo, John?

—No.

—¿Por qué?

—Has fumado bastante.

Otro silencio. El auto corría rasgando con sus focos luminosos la oscuridad de la noche. La brisa cálida daba de lleno en el rostro

femenino.

—¿Qué opinión te merezco, John?

—Te lo digo si permites que te bese de nuevo.

—No me vendo al placer de una frase amable —suspiró quedo.

—Eres una mujer especial pese a tu gran juventud, Anne. Lástima que yo no tenga la edad de mi hermano.

—¿Para qué la quieres?

—Para hacerte el amor.

La risa juvenil se extendió por los callados ámbitos.

—¿En verdad me lo harías?

—Sí.

El auto se detuvo. John saltó a la acera y Anne se corrió al volante. El hombre se apoyó en la ventanilla y dijo:

—Sin beso te diré, Anne Day, que me has parecido maravillosa.

Las manos femeninas se extendieron y John las aprisionó entre las suyas.

—Eres una chiquilla deliciosa, Anne. Tendré que marchar a Boston para no verte más. Eres…, eres peligrosa para un hombre de mi edad que, como yo, anda buscando lo que le falta.

—No te marches, John.

—Tú eres lo que necesito y temo…, temo…

La palma femenina tapó la boca de John.

—Hasta mañana, John. Ha sido la tarde más hermosa de mi vida. Por un instante, un hombre dominó mi soberbia y despertó mi sensibilidad de mujer. Guardaré siempre un grato recuerdo de este día, amigo mío.

John se inclinó mucho hacia ella y le susurró quedamente:

—No te dejes nunca besar por nadie, Anne. Eres demasiado…, demasiado mujer para que te besen seres desaprensivos.

—Adiós, John.

—Hasta mañana, niña loca.

Del club salieron un grupo de amigos. Las mujeres corrieron hacia el auto rojo donde aún se apoyaba John, y los hombres, Peter entre ellos, se quedaron envarados en medio de la calzada.

—¿Ahora venís? —preguntó Paloma.

—Sí. Ha sido una tarde muy bonita.

—Qué barbaridad, querida, estas no son horas de llegar.

—Para ti no; para mí, que sé ser camarada de todos los

humanos, no tiene gran importancia.

Las saludó en general y el auto escapó. Aún pudo elevar la mano para decir adiós a John.

Los comentarios surgieron tan pronto como John y Peter se encaminaron a su casa. Las mujeres criticaron el proceder de Anne Day, los hombres los admitieron envidiando a John Allyson, porque todos, más o menos, amaban a la niña loca porque su padre tenía muchos millones y también porque ella resultaba ciertamente bellísima.

Entre Peter y John no se cruzaron palabras. Llegaron a casa, entraron en el corredor y el abuelo dijo:

—¿Te ha conquistado también, muchacho?

John no se inmutó.

—¿Cenamos? Tengo apetito.

Natalie estaba muy enfadada, si bien domeñó sus deseos de regañar con John. Este no era como Peter y hubiera cortado con un gesto brusco las frases incisivas de la dama.

Comieron casi en silencio y no se hizo comentario alguno de aquella excursión.

* * *

Vera Day lo supo al día siguiente muy de mañana. Se lo dijo una amiga muy caritativa que tenía, y que iba a misa de ocho como ella.

Vera llegó a casa apoyada en su bastón de ébano y entró sin miramientos en la alcoba de su nieta. La joven dormía plácidamente con la almohada apretada entre sus dos brazos. Al sentir en sus ojos la claridad parpadeó repetidas veces y, al fin, los abrió.

—Pero, abuela, si son las ocho.

—Despierta, Anne.

—¿Sucede algo? —preguntó la joven sentándose en el lecho.

—Sí, señorita, sucede algo espantoso.

—¿Ha muerto el alcalde?

—No, para satisfacción del pueblo. Lo que ha muerto fue mi confianza en ti.

Anne se sentó al fin en el borde de la cama y buscó las chinelas con los pies.

—Me levantaré —dijo—. Las malas noticias me impresionan en

la cama.

—No lo tomes a broma, Anne. Es algo muy serio.

—Aún no sé de qué se trata —se puso la bata, la anudó a la cintura y descorrió la cortina—. Hace un día espléndido para bañarse en la playa.

—¡Anne…!

Ante aquel grito, la joven dio un salto sobre sí misma y quedó expectante frente a la dama.

—¿Qué diablos te pasa, Vera Day? —preguntó tranquilamente.

—Ayer fuiste con un hombre, estuviste con él todo el día y regresaste a las once.

—En efecto. Tú misma me viste llegar.

—Anne, el pueblo dice…

—Me importa un ardite lo que diga el pueblo. Lo tengo atragantado, ¿sabes? Solo me interesa la opinión de John Allyson y sé que ayer me conoció de verdad, no como me cree el pueblo y sus miserables habitantes, sino como soy, tal como soy, y tú sabes bien cómo soy yo. ¿No es cierto, abuela?

—Hijita, sé cómo eres, pero a veces hay que ser…

—No me riñas, abuelita. Tú sabes muy bien que Anne Day no puede cometer acto alguno que vaya contra su moralidad de mujer.

—No encontrarás aquí un hombre que se case contigo.

Anne se echó a reír.

—Solo puedo amar al hombre que sea lo suficientemente hombre como para saltar por encima de todas esas críticas estúpidas.

—A ese hombre no le conocerás aquí.

—De todos modos le conoceré, estoy segura de ello.

—Debo hablar con tu padre, Anne. Me han dicho no sé qué cosas con referencia a tu excursión a la montaña. Hoy eres la comidilla de la gente y todo por no haberte prohibido esa excursión. Porque no irás a decirme, Anne, que te gusta John Allyson.

—¿Y si me gustara? —preguntó la joven, retadora.

—No lo creo posible, hijita, porque a su lado eres una niña. ¿Te has fijado acaso en las hebras de plata que brillan en la cabeza de Allyson? John debe tener por lo menos dieciocho años más que tú. Te dobla la edad, Anne.

—No te pongas en guardia de algo que quizá no va a suceder

nunca —observó la joven con raro acento—. Déjame sola, abuelita, te lo suplico. Me siento…, me siento cansada, ¿sabes?

Algunas horas después, Robert Day y su hija desayunaban frente a frente. La dama, sentada un poco más allá, junto al ventanal abierto, parecía leer un libro. Había tenido una larga conversación con su hijo respecto a Anne y esperaba que Robert llamara al orden a la muchacha. Pero el desayuno finalizaba y Robert Day no parecía dispuesto a hablar.

—¿Ya sabes los comentarios que levantó mi excursión de ayer, papá? —preguntó Anne, mientras con la mayor tranquilidad del mundo untaba mantequilla en una tostada.

—Sí, algo me dijo tu abuela.

—Te lo he dicho todo, Rob —saltó la dama con agresividad.

—Sí, sí; lo recuerdo perfectamente. ¿Lo pasaste bien, querida?

—Estupendamente, papá.

—Me alegro, querida —miró a un lado y otro y gruñó—: ¿Dónde me has dejado el diario, Jeremías?

—Ahí, sobre la mesa, señor.

—Robert, ¿es que no dices a tu hija que esas excursiones son…, son inoportunas?

—Pero, abuelita.

—Mamá —dijo el caballero con dulzura—, considero a Anne lo suficientemente mujer para comprender ciertas cosas. Nunca le llamaré la atención porque no ignoro que Anne es una chica formal. Además, tengo mucho trabajo —besó a la dama, luego palmeó la mejilla de Anne y le sonrió—. Recuerda siempre que te pareces a tu madre y esta fue en todos los momentos de su vida una mujer intachable, pese a que en el pueblo nadie la quería, hasta que yo, saltando por encima de todo, la hice mi mujer.

Y salió.

La dama contempló a Anne, y esta, súbitamente, se lanzó en sus brazos.

—Abuelita, papá nunca podrá reñirme, porque amó demasiado en esta vida y yo siempre le recuerdo a mi madre, ¿comprendes? Parece mentira que tú, que tan bien me conoces, hagas caso de habladurías.

VI

No fue al Náutico. Sentada ante el volante de su coche se encaminó a la playa pública y gozó como jamás había gozado hundida en el agua, mezclada con todo el mundo, siendo una más de aquellas muchachas que por no ser socias del club, habían de caminar dos kilómetros o más a pie para gozar de dos horas de playa.

Durante todo aquel día no vio a John ni a Peter ni a ninguno de sus amigos. Y transcurrieron tres días más sin verlos, hasta que una tarde, al regresar de la playa, encontró a Paul en medio de la carretera con el brazo en alto. Se detuvo y Paul le preguntó si podía subir a su lado.

—Naturalmente.

—Vengo de dar un paseo y me he cansado —adujo él.

A Anne le desagradaba Paul. Era demasiado rebuscado y había en la hondura de sus ojos cierta expresión de supremacía que descomponía a la joven.

—Hace un día espléndido —comentó Anne poniendo el auto en marcha—. Creí que tú estarías en Boston.

—Llegué ayer noche. ¿Qué tal la excursión?

—Muy bien.

—He visto a John esta mañana y me dijo lo mismo. ¿Cómo no fue Peter?

—Lo ignoro.

—Anne, yo quisiera hablarte muy en serio.

La joven dejó de mirar hacia la carretera y clavó en él sus ojos interrogantes.

—¿En serio, Paul? ¿Y de qué? Porque no creo que nos conozcamos lo bastante como para que pretendas hablarme en serio de cualquier materia…

—Quiero casarme, Anne.

—Haces muy bien, Paul.

—Pero es que ya he elegido esposa.

—¿Sí? Si te casas aquí supongo que nos invitarás a la boda —rio la joven, sin inmutarse.

—Te he elegido a ti.

Anne lo esperaba. Lo supo tan pronto conoció a Paul. No porque fuera vanidosa y creyera en un posible amor con respecto a Paul y ella, sino porque sabía, le constaba, que Paul necesitaba dinero y ese dinero lo tenía Robert Day.

—Pues has elegido mal, querido amigo.

—¿Es que no te intereso en absoluto?

—Desde luego.

—Amas a otro.

—Por supuesto que no.

—Entonces, puedes probar a amarme a mí.

Anne Day era una excelente persona. Quizá en todo el pueblo no hubiese muchacha más comprensible, razonable y bondadosa que ella, pero detestaba a los poseídos, y Paul Lawford lo era. Así pues, quiso cortar las cosas desde aquel instante, y para conseguirlo habló fríamente y con crudeza:

—No puedo ni debo probar, Paul —confesó—, porque ni te amo ni te amaré nunca. Somos diferentes en todos los aspectos, pertenecemos a la misma raza, desde luego, pero a distinta sociedad. Yo he sido bien educada y tú no. Yo he nacido en el palacio de Day y tú has nacido en una casita de Day, ¿comprendes?

Sí, Paul estaba comprendiendo y su rostro llameaba de indignación. Pero Anne no se inmutó por ello. Detuvo el coche en una encrucijada y confesó amable:

—Lo siento, Paul. Con respecto a mí pierdes el tiempo. Creo que te has confundido.

—Te advierto, Anne Day, que no soy hombre que pierde sus batallas con facilidad. Quizá no vuelva a insistir, pero sentirás toda tu vida haber sido desconsiderada en la respuesta.

Bajó del auto y se alejó erguido y fiero. Era atractivo Paul, ¡oh,

sí! Anne lo reconocía, pero ella no le amaría jamás.

El auto continuó rodando y Anne pensó en Peter, en John, en la señora Allyson y en sí misma.

Recordó el beso recibido y a su pesar se estremeció. No sabía si le había gustado o no, solo sentía que deseaba más besos de John, aunque este le doblaba la edad y era un hombre reconcentrado y serio cuyos pensamientos no era fácil reconocer.

Deseó verlo y con tal propósito puso el auto en dirección al Náutico. Aparcó junto a la acera y subió de dos en dos las escalinatas que la separaban de la terraza. Vestía una simple batita de hilo rojo, calzaba zapatos bajos y los cabellos muy negros peinados a lo chico. Su tez morenísima resaltaba bajo el color rojo del vestido, produciendo un contraste muy sugestivo.

Gentilísima, saludó a unos y a otros con la mayor naturalidad y buscó con los ojos a John Allyson. Solo vio a Peter y avanzó hacia él, que se hallaba en medio de un grupo de muchachas. Estas miraron a Anne con cierta reserva casi ofensiva, pero la joven no se dio por aludida.

—Hola, querida —saludó Peter, poniéndose en pie—. ¿Qué es de tu vida que no has venido por aquí en tres días?

—Me bañé en la playa.

Al hablar observó que las muchachas iban levantándose una a una hasta dejar la mesa vacía. Anne estremecióse de indignación, pero no dijo nada. Domeñó el insulto que estuvo a punto de salir de su boca y miró a Peter con la mayor naturalidad.

—Convídame a un refresco, Peter. Estoy ardiendo.

—Ahora mismo, Anne.

La joven se dio cuenta que Peter estaba nervioso. ¿Por ella? ¿Por él? Pidió un vermut para Anne y otro para él y después la invitó a fumar y Anne aceptó. Lo necesitaba. Le importaba el pueblo un ardite, si bien la humillación a que la sometían sus amigos le llegaba muy hondo, aunque la sonrisa continuara en su rostro. Temió no poder contener su indignación, pero pudo porque fumó con fruición dos cigarrillos seguidos mientras bebía a pequeños sorbos el líquido de la copa.

—No he vuelto a ver a John —observó con naturalidad—. ¿Es que se ha ido?

—Sí.

—¡Ah!

—Vendrá para el invierno.

Anne contuvo el aliento… ¿Para el invierno? ¿Cómo tenía tanto valor de marcharse sin verla de nuevo? ¿Sin recordar siquiera que tenían un secreto dulcísimo entre los dos?

—Sus vacaciones fueron cortas —comentó vagamente.

—Sí, nos cogió a todos de sorpresa su marcha tan repentina. Fue algo parecido a una huida —rio sin malicia.

¿Huida? Sí. Quizá huía de ella. ¿Y por qué?

Se despidió de Peter y pasó ante el grupo de sus amigas sin mirarlas siquiera. Jamás podría dirigirles la palabra después de haberla sometido a aquella humillación delante de tanta gente.

Y en días sucesivos, para fastidiarlas quizá, se presentó en el Náutico y más bonita, más gentil, las anuló a todas. No fue solo Peter el conquistado. Sin proponérselo o quizá proponiéndoselo, buscó el halago en los hombres y jamás volvió a verse con mujeres.

Si una de sus amigas tenía un pretendiente, Anne Day, con sutil desenvoltura le atraía hacia sí, y si encontraba resistencia en el hombre, se mofaba de él y entonces el incauto buscaba el desquite que nunca podía hallar, porque Anne era infinitamente más inteligente que todos ellos.

Paul le hizo el amor. Anne se dejó querer y en su compañía se veía muchas veces. Detestó a Peter porque nunca podría casarse con él después de aquella excursión a la montaña. Dejó de jugar con él y se dedicó a otros hombres. Daba la sensación de que no era buena por su forma de obrar, y sin embargo…, lo era muchísimo, pese a todo y aún por encima de la opinión general.

Una de aquellas tardes, ya cuando comenzaba el invierno, Robert Day llamó a su hija al despacho y le preguntó bruscamente:

—¿Por qué te vemos tanto con Paul Lawford?

—Porque es un hombre locuaz.

—No me gusta Paul, Anne.

—Ni a mí, papá.

—Entonces me harás el favor de dejarlo a un lado. Vas a cumplir diecinueve años, Anne. Daré una fiesta ese día y después nos marcharemos. Quiero hacer un largo viaje en tu compañía. Observo algo raro en tus relaciones con las muchachas que siempre han sido amigas… ¿Por qué, hijita?

Por primera vez los ojos maravillosos de Anne se empañaron con cierta humedad, que conmovió al caballero.

—Anne, querida mía…

La joven se sentó en el brazo del sillón y le pasó las manos por el cuello.

—Fue a raíz de aquella excursión, ¿recuerdas? Me humillaron de tal modo en el salón del Náutico, que jamás he vuelto a hablarles.

—¿Sin excepción?

—Sin excepción, papá.

—Es lamentable, querida mía. Dime, Anne, te veo siempre rodeada de hombres. ¿Entre todos esos no has encontrado aún al que tú necesitas?

—No.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—¿Y qué me dices de John Allyson?

Anne se estremeció casi imperceptiblemente, si bien sostuvo la mirada de su padre con valentía.

—Como los demás.

—Has vuelto a verle.

—No.

—Bien. Anne, quiero dar una fiesta espléndida para la semana próxima ¿comprendes? Cumples diecinueve años y lo celebraremos. Invitaré a tus amigas.

—No vendrán.

—No podrán hacerlo, querida mía. Casi todos los padres de estas muchachas dependen de mí.

—Prueba.

* * *

Paul Lawford fue el primero en presentarse en casa de los Day aquella noche. Llovía mucho y hacía frío. Un criado recogió su gabán y lo sacudió. Paul, estirado y muy elegante, besó la mano de la linda anfitriona y estrechó la de Robert Day.

El salón estaba profusamente engalanado y la cena fría sería servida en la sala contigua. Anne vestía un modelo de noche blanco, muy ajustado en las caderas, cayendo en vuelos hasta los pies

primorosamente calzados. Tenía un broche de gran valor en el pecho y el escote muy pronunciado aún dejaba ver la carne morena y tersa.

Paul le entregó una cajita que Anne abrió sin precipitación. Era un medallón antiguo sin retrato.

—¿Por qué, Paul?

—Es tu cumpleaños, querida. Es lo único de valor que tengo en mi poder. Nadie como tú sabrá lucirlo.

—Gracias —respondió ella con amabilidad.

Después llegaron Peter y su madre. Vera Day salió al encuentro de la dama y la besó en ambas mejillas. Anne se aproximó y dijo dulcemente:

—Es un placer para nosotros verla, señora Allyson.

Natalie la besó en la mejilla y le entregó dos rosas rojas.

—Te las envía John desde Boston —dijo la dama con sequedad.

—Gracias, señora Allyson.

Las apretó entre sus dedos. De John, ¿por qué? ¿Acaso la recordaba?

Dejó a Natalie con Vera y a Peter con Paul, y se aproximó a su padre.

—No vienen, papá.

—Sí, querida mía. En todas las tarjetas he puesto que no admitía disculpas y los padres de tus amigas saben muy bien lo que eso significa.

—Papá, quisiera marcharme mañana.

—No, Anne. Ahora has de afrontarlo todo, ¿comprendes? Has hecho demasiadas locuras y hemos de evitar que esto siga poniéndose feo. No quiero que mi hija sea mirada por encima del hombro, ¿me entiendes?

Llegaron, claro que sí. Paloma y sus amigas, las muy hipócritas a entender de Anne, la besaron dulcemente, como si jamás hubiera ocurrido nada. Fue una fiesta espléndida y Paul se las prometía muy felices porque Anne bailaba con él.

Pero a la una, cuando ya todos los invitados se divertían de lo lindo, un criado anunció la llegada de John Allyson. Anne, que bailaba con Paul en aquel instante, se detuvo en seco y miró hacia la puerta del salón.

John estaba allí mirándola con sus ojos azules tan extraños.

Vestía de etiqueta y sus cabellos, peinados con sencillez hacia atrás parecían más salpicados de hebras de plata.

—Perdona un momento, Paul. Debo recibir a John Allyson —dijo soltándose.

Avanzó hacia él, gentil y bonita. Jamás lo estuviera tanto como en aquel momento en que su corazón daba fuertes golpes en el pecho.

—No he querido faltar a esta fiesta, Anne. He salido de Boston hace seis horas —susurró, apretando las dos manos femeninas.

—Gracias, John.

Se colgó de su brazo y ambos avanzaron. John saludó a un lado y a otro con naturalidad, y luego besó a su madre.

—No creí que vinieras —dijo Natalie con cierta ironía—. Entregué las rosas que mandaste.

—Ya las he visto en el pecho de Anne, mamá —repuso John mirando a la joven.

Una vez que la atención dejó de molestarlos, ambos se alejaron hacia la puerta de la terraza. Anne apretaba nerviosamente el brazo de John y este ponía sus dedos sobre aquellas manos un poco temblorosas.

* * *

Llovía. El agua caía sobre el parque enarenado produciendo un ruido monótono. La música se filtraba a través de la puerta abierta. Las parejas bailaban.

Allí en la terraza, sentados en un banco de madera estaban Anne y John. La joven aún apretaba el brazo masculino y John la miraba fijamente.

—Tienes más canas —susurró Anne—. ¿Has trabajado mucho?

—No es el trabajo, pequeña. Son los años. ¿Sabes cuántos te llevo?

—No.

—Dieciocho.

—Casi el doble —rio feliz.

Se querían. Anne lo supo en el mismo momento de ver a John en el umbral. Y el hombre lo supo al huir de ella. Pero no mediaba en aquella conversación palabra alguna amorosa. Tal vez John no

estaba dispuesto a pronunciarla nunca o pudiera ser también que tenía miedo de la juventud demasiado exuberante y bella de Anne.

—¿Vienes por mucho tiempo?

—No lo sé.

—No te vuelvas a marchar.

—¿Por qué, Anne?

—El pueblo es insoportable. Teniéndote a ti me parece que…, que soy más feliz y que estoy menos sola.

—¿Sola?

Le contó en voz bajísima lo sucedido durante el verano. John se indignó.

—Es hoy la primera vez que me hablan, ¿sabes? No sé qué pude haberles hecho.

—Anne…

—Dime, John…

—Tengo ganas de besarte, ¿comprendes?

—Yo también, John.

Paul apareció tras ellos y Anne se sobresaltó.

—Anne, me debes este baile —dijo Paul.

—Es que…

—Me lo has prometido.

Soltó el brazo de John y le miró como diciendo: «Vendré en seguida y nos besaremos, John, tanto si me doblas la edad como si no, porque te quiero». John encendió un cigarrillo y quedó muy quieto.

Paul, ya en el salón, la enlazó por el talle y le dijo:

—Anne, estoy enamorado de ti y tú lo sabes.

—No hablemos de eso, Paul.

—Hemos de hablar.

—Ya te he dicho que no puedo quererte.

—Has demostrado lo contrario durante estos últimos meses. ¿Sabes por qué no he ido aún a Boston? Porque espero que tú me acompañes.

—Lo siento, Paul —suspiró cansada—. Nunca te di motivos para que creyeras que yo podría acompañarte en calidad de esposa. Tal vez fui un poco dura contigo el primer día que me hablaste de esto. Si te amara, tanto me daría que fueras así o de la otra manera. Lo esencial es quererse y yo no te quiero. Te estimo como amigo.

Quizá te estimo mucho más hoy que cuando me hablaste de amor la primera vez.

—Aquel día, Anne, me juré a mí mismo vengarme del daño que me habías hecho con tus palabras —dijo sincero—. Pero ahora te quiero de verdad y no podré vengarme.

—Gracias, Paul.

—¿De veras no me quieres, Anne?

—Estoy enamorada, ¿sabes? —susurró deliciosamente femenina —. Me he enamorado de un hombre que quizá nunca se case conmigo porque tiene complejo de años, pero yo le amo aun así.

—Me estás hablando de John.

—Sí —repuso con sencillez.

Terminaba la pieza y Paul iba a llevarla a la terraza cuando se presentó Peter.

—¿No bailas conmigo, Anne?

Asintió, suspirando. ¡Cuántos deseos de ver a John de nuevo junto a ella y aquellos pesados haciéndole perder tiempo!

Se dejó enlazar y Peter abordó en seguida el tema que le interesaba:

—Anne, he pensado mucho en ti durante esta noche.

No tenía deseo de burlarse de Peter, pero lo hizo casi sin darse cuenta.

—¿Solo esta noche, querido mío?

—Y todas las noches. Estoy profundamente enamorado de ti y estoy dispuesto asimismo a saltar por encima de todo si consientes ser mi esposa.

—No sigas, Peter, por Dios. Esta noche he recibido dos declaraciones de amor y la que me interesa…

—¿Acaso te interesa algo en esta vida?

—Tengo corazón como la generalidad femenina.

—Pues no lo parece, Anne.

—¡Qué sabes tú!

—Me iré a Boston, Anne. Pediré a John que me ayude y… Precisamente vengo ahora de hablarle de ti en serio.

Anne se espantó.

—¿Qué hablaste de mí a John? ¿En qué sentido?

—Le dije que te quería y…

—¿Qué te contestó John? —preguntó casi sin voz.

—Que me ayudaría a conseguirte. Que me marchara con él y que… ¿Qué tienes?

—Nada. Cambia de tema, por favor. No me casaré nunca contigo, Peter. Creo que te lo he dicho muchas veces.

—Estás pálida y temblorosa.

—Nunca llegarías a comprenderme. ¿Quieres llevarme a la terraza? Aquí hace mucho calor.

John seguía en el mismo sitio. Tenía una pierna sobre la otra y fumaba afanosamente un cigarrillo. Al ver a Anne con Peter sonrió a medias y curvó la boca.

—¿Puedo sentarme a tu lado, John? —preguntó Anne de modo raro.

—Claro que sí, querida. Podéis sentaros los dos porque yo voy a bailar con Paloma.

Se le partió el corazón. Le vio marchar y quedó al lado de Peter, que le ofreció un cigarrillo. Fumó con placer, con rabia quizá.

—Estás muy callada.

—No tengo deseo alguno de hablar.

—¿Agresiva? ¿Te ofendió mi noventa declaración de amor?

—No me ofendió en absoluto. ¿Quieres dejarme sola, Peter? Te lo agradecería infinitamente.

—Por supuesto, querida.

Al verse sola apretó los labios y tiró el cigarrillo. A través del ventanal abierto le vio bailar con Paloma. Ni una sola vez miró hacia la terraza. Sintió correr los minutos. Peter vino a buscarla dos veces para bailar y se negó suave, pero enérgicamente. También vino Paul, pero este no se fue, se sentó a su lado y ambos fumaron en silencio.

Cuando finalizó la fiesta, John fue el último en saludarla.

—Hasta mañana, Anne —dijo con la misma amabilidad de siempre—. Supongo que no nos veremos porque marcho mañana al amanecer. Pero si no despierto temprano me quedaré un día más.

—Ojalá no despiertes —susurró ella, bajísimo.

VII

Se encontraron en un café.

Anne entró sola y se fue directamente a la barra. Hacía un día infernal, llovía torrencialmente y Anne se cubría con una gabardina oscura que desabrochó con naturalidad para sentarse en la alta banqueta.

—Buenos días.

Se volvió rápidamente.

—¿No te has ido?

—No. ¿Puedo sentarme a tu lado? ¿Me permites que te convide?

—Claro que sí.

—¿Qué quieres tomar?

—Lo que tú.

Pidió dos copas de licor y la miró después.

—¿Nunca te pintas?

—Solo cuando voy a un baile de noche.

—Ya. Estás más bonita hoy que ayer noche.

—Me halagas, porque hoy no tengo pintura en la cara.

—Me gusta la naturalidad —dijo John, reflexivo.

Era una conversación tonta. Tantas cosas como ambos tenían que decirse y, no obstante…

Estuvieron juntos buena parte de la mañana, siempre hablando de temas tontos. Luego, Anne se despidió y dejó la mano entre los dedos de John.

—¿Cuándo te vas? —preguntó, evitando mirarle.

—He decidido quedarme una semana.

—Ah.

—¿Nos veremos esta tarde?

—Si lo deseas, sí.

—Lo deseo.

—Entonces podemos ir juntos al cine. ¿Te parece bien?

—¿No se enfadará Peter?

Saltó impulsiva.

—No quiero a Peter, ¿me entiendes? Nunca podría soportarlo a mi lado durante una sesión de cine; y perdona que lo diga, aunque sea tu hermano.

—Somos hombres los dos —repuso John sin inmutarse—. Iré a buscarte a las siete en punto.

—¿Aunque llueva?

—Aunque llueva. Adiós, Anne.

La joven se alejó. Ya sentada ante el volante de su pequeño coche rojo, pensó en John. Había conocido a muchos hombres, pero ninguno tan raro como John. ¿Qué sentía por ella? ¿Y por qué la besó de aquel modo si no sentía nada?

Vivió febril las horas que le faltaban para ver a John frente a su casa. Vera Day se inquietó al verla tan nerviosa.

—¿Qué te pasa? Hace mucho tiempo que no haces tonterías.

—Es que cometí la mayor al enamorarme de verdad, ¿sabes? —rio nerviosa—. Esa fue mi mayor tontería.

—¿Acaso es Paul Lawford?

—No.

—¿Peter?

—No, por supuesto.

—¿John?

—Déjame en paz, abuelita. Me estás poniendo nerviosa con tus preguntas.

—Es que Robert Day —dijo la abuela enfática— nunca permitirá tu boda con un hombre que te dobla la edad.

—Lo sé muy bien.

—Pues evita esas tonterías de enamorarte. Hoy, hay muchos hombres en el mundo jóvenes como tú y de tu misma posición social que…

—Me marcho, abuela.

John estaba sentado ante el volante de su coche negro frente a su casa. Cogió la gabardina, la ató de cualquier modo y salió

corriendo desoyendo las protestas de su abuela.

* * *

La película era una soberana tontería, pero ni a John ni a ella les interesaba gran cosa.

John buscó la mano femenina y la encerró entre las dos suyas. Anne no protestó. Sintió que le latían los pulsos fuertemente y que el corazón le golpeaba torturador dentro del pecho. Los dedos de John acariciaban su mano, la apretaban nerviosamente, como si estuviera preocupado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella, bajísimo.

—Nada.

—Estás…, estás…

—A tu lado.

—Sí.

—¿Te gusta la película?

—No.

—¿Tienes deseos de marchar?

—Prefiero quedarme.

Ahora le pasaba un brazo por el hombro. La apretó contra sí.

Anne pensó: «No está bien hecho. Yo no debiera consentirlo, pero… necesito la proximidad de John. Es… es algo que no podré evitar nunca más».

—John —susurró suspirando—, ¿por qué?

—No te entiendo.

—¿Tanto necesitas tenerme así?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—No lo sé.

—Necesito tenerte así —susurró él, rozando con sus labios la mejilla que se ruborizaba por primera vez—. Sería curioso, Anne, que te conocieran tus amigos como yo te conozco. ¿Crees que asociarían esta Anne a aquella otra que se baña en el mar durante los días más crudos del invierno?

—No me interesa que me conozcan… —repuso bajísimo, volviendo un poco el rostro y quedando bajo el embrujo de los ojos azules—. Solo me interesa que me conozcas tú.

—Yo te conocí el primer día, pequeña.

—¿Por qué?

—Leí en tus ojos la gran vida espiritual que ocultabas.

—¿Y te agradó, John?

—Sí. Deseé bucear dentro de ella, sentirla a mi lado…

—¿La sientes?

El hombre apretó la mano sobre el hombro femenino. La atrajo hacia sí. La besó suave y dulcemente en la oreja. Anne mantúvose quieta, si bien todo su ser se estremecía bajo el contacto de aquellas manos que la acariciaban.

«Nunca he transigido con estas libertades —pensó desalentada—. Y ahora…, ahora necesito las caricias de John como la propia vida».

—Lo siento —repuso al fin muy quedamente.

Terminó la película. Había poca gente y salieron en seguida. Al abordar la calle un viento helado agitó el cuerpo de Anne.

—Voy a cogerme de tu brazo —susurró.

Lo hizo con las dos manos. Al lado de John parecía una niña. El hombre con porte de gran señor, muy bello el rostro sin una arruga, se inclinó hacia la joven.

—Eres muy bonita, pequeña Anne.

—¿Lo has descubierto ahora?

—Lo descubrí allá lejos, en la carretera aquella noche, ¿recuerdas?

—Sí.

Caminaban en dirección al auto. John extrajo las llaves del bolsillo y abrió.

—Hace frío. Siéntate pronto.

Lo hizo luego a su lado ante el volante. Conectó la radio.

«Ahora me dirá que me quiere —pensó Anne emocionada—. Añadirá que quiere casarse conmigo y yo le contestaré que lo estoy pensando».

Una música dulzona y pegadiza se extendió por todo el auto. John lo puso en marcha y la miró a través de la oscuridad.

—¿Estás contenta?

—A tu lado siempre lo estoy.

—Eres de una femineidad encantadora —observó calladamente—. Me gusta que solo seas así para mí, aunque también me gustaría que te conocieran esos que te creen…

—Dime cómo me creen.

—¿Para qué? No merece la pena.

—Dímelo.

—Seca, indiferente, burlona, fría…

—Tú sabes que no es cierto.

—Lo sé.

El auto corría. Seguía lloviendo y en el charol del auto el agua golpeaba.

—No te irás en toda la semana, ¿verdad?

—No puedo decírtelo, Anne. Depende del trabajo que tengamos en la fábrica. Mi compañero me avisará.

—¿No te irás sin despedirte?

—Aunque así sea, recuerda que te llevo dentro de mí.

Pero no decía que la amaba, que deseaba casarse con ella. Anne supo, lo intuyó en las evasivas de John, que no estaba dispuesto a confesarle su cariño. ¿Acaso no lo sentía? ¿Y por qué, entonces, estaba a su lado?

Suspiró ahogadamente.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estás triste.

—Sí.

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

El auto se detuvo frente a la casa de los Day. Anne hizo intención de abrir la portezuela y él se lo impidió con un ademán.

—¿Por qué tan pronto? Espera.

—Es tarde, John. Papá se enfadará.

—Un poco más.

Se volvió hacia ella y la retuvo por los brazos.

—Anne, podría decirte muchas cosas.

—Dímelas.

—Prefiero callármelas, es más sensato.

—Tú me conoces a mí —suspiró Anne ahogándose—. Sabes como soy porque nunca intenté ocultarte nada. Pero yo ignoro cómo eres tú, John. Guardas todas sus impresiones, las domeñas si es que recibes alguna a mi lado. Eres…, eres incomprensible.

Por toda respuesta la atrajo hacia sí y la miró muy de cerca.

—No, John —susurró bajísimo—. ¡No, no!

—¿Por qué?

—Cada beso que me das es una inquietud para mí.

—¡Qué niña eres!

La besó. Fue un beso largo, fuerte, doloroso. Anne se dejó besar y besó a su vez ingenuamente, porque aunque era una chica moderna, en lo que respecta al amor era la más inocente de las mujeres.

—¡Pequeña!

—¡Oh, John! ¿Por qué me besas?

—Porque lo necesito.

Abrió la portezuela y añadió:

—Ahora vete, querida mía.

—¿Vendrás a buscarme mañana?

—Si no me voy, desde luego.

Se aferró al cuello de John y jamás mujer alguna resultó tan encantadora en la súplica casi infantil.

—No te marches a Boston, te lo ruego.

John curvó la boca en una rara sonrisa.

—Seguramente que no me iré.

—¿Por qué, John? ¿Por qué me inquietas de este modo? ¿Por qué me besas y te vas sin decirme por qué lo haces?

—Quizá te lo diga algún día, o quizá no te lo diga nunca. Ahora vete, pequeña, es lo más conveniente.

Descendió sin prisas. Estuvo de pie bajo la lluvia hasta que el auto se alejó calle arriba. Después, con lentitud, dio la vuelta y traspasó la cancela.

Tenía los ojos húmedos y los labios apretados. Sentía el beso de John en todo su ser y sentía asimismo la decepción inmensa de ignorar aún el motivo de que John deseara sus besos.

Y ella, que Jamás besó a nadie, que le repugnó la libertad de una caricia, ahora besaba y se dejaba besar y para mayor desconcierto deseaba lo que jamás había deseado Junto a un hombre.

* * *

Tomaban el café en el saloncito.

La chimenea al fondo bullía esparciendo sus llamas rojizas. Sentada en el suelo con los ojos clavados en las chispas encendidas estaba Anne. Hundido en el diván permanecía Robert Day, y no muy lejos se hallaba Vera Day con las pupilas clavadas en su nieta.

—Has cambiado, Anne —comentó el caballero casi sin mirarla.

La joven elevó la cabeza y sus grandes ojos soñadores miraron un poco desconcertados al autor de sus días.

—¿Cambiado? ¿Por qué dices eso, papá? ¿A qué cambio te refieres?

—Antes eras más…, más bulliciosa.

—Sigo siéndolo.

—No, querida. Temo que te hayas enamorado al fin.

—¿Y si así fuera, papá?

—John es demasiado mayor para ti —dijo Robert Day sin mucha convicción.

Anne se puso en pie y fue a sentarse en medio de su padre y de su abuela. Cogió una mano de cada uno y la apretó nerviosamente.

—¿Es que los años significan tanto en el amor, papá? —preguntó bajísimo.

—Creí haberme equivocado, Anne.

—No te has equivocado. Estoy enamorada de John Allyson y jamás otro hombre podrá…, podrá ser mi marido.

Vera Day iba a protestar, pero el caballero, con un gesto le pidió que no lo hiciera.

—John Allyson es un hombre excelente para ti, queridísima. Pero tiene demasiados años. Ten en cuenta que cuando tú seas una mujer de treinta años, en toda la plenitud de tu vida joven, John será un viejo achacoso. Presiento, Anne, que no vas a ser feliz al lado de John.

—Pues tampoco lo seré al lado de otro, porque no me interesa buscarlo.

—¿Acaso te ha pedido John que te cases con él?

—No me lo ha pedido.

—Ni te lo pedirá tal vez nunca, porque…, porque John sabe muy bien que su edad es desproporcionada para ti.

—¡Oh, papá!

—Dejemos pasar el tiempo, Anne. Es…, es lo más conveniente. Yo nunca te prohibiré que te cases con él. Solo te haré ver con mis

muchas razones que no es conveniente. Si a pesar de todo amas a John y él te pide que os caséis, tú lo harás.

—Estás diciendo tonterías, Rob —saltó Vera, enojada.

—Soy un hombre razonable y justo —adujo el caballero sin inmutarse—. Mi esposa era más joven que yo y, sin embargo…, yo estoy aquí y ella ha muerto. No podemos ir contra la vida ni contra el destino de los humanos. Si es que Anne está destinada para John, ha de ser de él y no de otro.

—Podemos evitarlo.

—No, abuelita —susurró Anne—. Papá tiene razón. Dejemos transcurrir el tiempo. No sé lo que pasará durante este, pero sí creo que no podré jamás olvidar a John.

Se retiró a su aposento y madre e hijo se miraron.

—No has sido enérgico —reprochó la dama—. Algún día ella puede echártelo en cara.

—Anne es constante en sus sentimientos —arguyó Robert Day con lentitud—. Si hoy ama a John, le amará toda la vida hasta que se muera. No he pretendido ser enérgico, mamá. Solo fui un padre justo que dio unos consejos.

—De todos modos, John Allyson, por muy caballero que sea, es un hombre mayor, le dobla la edad y nunca podrá hacer feliz a una chiquilla como Anne.

—Esperemos.

—Esperar —refutó la abuela—. ¿Acaso quieres esperar a que sea vieja?

—El amor no tiene edad, mamá. Tu marido te llevaba doce años y ya ves tú, papá murió y tú estás aquí fresca y lozana.

—Más a mi favor.

—¡Has sido feliz! —gritó Robert, enojado—. Lo has sido mucho, ¿no es cierto? Pues Anne lo será también. Nunca prohibiré sus relaciones.

* * *

Amaneció un día espléndido.

Anne, enfundada en las ropas de montar —calzón negro, altas polainas y jersey blanco—, apareció en la terraza ya muy de mañana.

—¿Adónde diablos vas? —preguntó Robert Day.

—A dar un paseo por el bosque, papá. Hace mucho tiempo que no monto a caballo.

Robert llamó a Jeremías y este ensilló el caballo mientras padre e hija hablaban en lo alto de la escalinata.

—He pensado mucho en lo que me dijiste ayer noche —indicó el caballero.

—¿Referente a John?

—Sí.

—Pues dime…

—Anne, tiene razón tu abuela, eres demasiado joven.

—Para amar a John soy una mujer madura —rio burlona.

—Es tu felicidad la que está en juego, querida.

—Por eso mismo, papá.

Jeremías apareció ante ellos.

—El caballo está dispuesto, señorita.

—Hasta luego, papaíto. Volveré para la hora del almuerzo.

—No te irás a bañar, ¿verdad?

La joven se echó a reír. Besó a su padre y corrió hacia el caballo. Jeremías le ayudó a montar y, ya sentada en la silla, gritó:

—Lo haré en el lago, papá.

—No hagas locuras, querida.

El caballo escapó al trote. Gentil era caminando por la calle, gentilísima sentada en la silla. Cruzó el pueblo erguida sobre su montura. La siguieron muchos ojos. Hubo de cruzar ante la casa de John para internarse luego en el bosque. John estaba allí, en la terraza. Al verla bajó precipitadamente las escaleras y Anne detuvo su montura y abrazóse al cuello del caballo para verle mejor.

—¿Adónde vas? —preguntó John quedamente, sin dejar de mirarla.

—Al lago. Me bañaré allí y después daré un paseo a caballo.

—Vas a morirte.

—¿Lo dices por el baño?

—Claro.

—No me moriré. Estoy acostumbrada.

Creyó que John se le reuniría, pero no fue así. Se alejó decepcionada y triste. Vagó por el bosque durante toda la mañana y se bañó en el lago. Apareció Paul a las dos de la tarde, cuando ya

regresaba y los dos caballos caminaron al paso.

—Me voy mañana, Anne —dijo Paul de súbito—. Me alegro de verte ahora, porque…, porque deseo insistir sobre lo que te dije en otras ocasiones.

—Cuánto siento no poder complacer tus deseos, Paul.

—¿De veras no me das ninguna esperanza?

—Ninguna, Paul.

—¿Amas a otro?

—Sí.

—¿John?

—Me parece que ya te lo he dicho en otra ocasión —aclaró con naturalidad—. Amo a John, ¿comprendes, Paul? Quizá si tú hubieras llegado a mí primero…

—No lo recordarás, pero he llegado —sonrió Paul de modo vago.

—Tal vez sí, aunque no llegaste como tenías que haber llegado. Busca una mujer buena y cásate con ella, Paul —sonrió breve—. Si algún día nos encontramos en Boston, tendré mucho gusto en saludarte.

Se detuvieron en la encrucijada. Paul se iba a su casa y Anne se dirigía a la suya. La mano de Paul se extendió y Anne no tuvo reparo alguno en poner la suya sobre la palma fría de su amigo.

—Adiós, Paul.

—Adiós, Anne. Quizá no volvamos a vernos. De todos modos, si decido casarme te invitaré a la boda.

—Gracias, amigo mío.

—Quiero que sepas, Anne, que un día juré vengarme de ti…

—Ya me lo has dicho —sonrió Anne dulcemente.

—Entonces no te estimaba en absoluto. Creí ciertamente que eras una niña loca. Cuando comprendí que todos estaban equivocados, me enamoré de ti y mi juramento no tuvo objeto.

—Gracias, Paul. Siempre te recordaré como un buen amigo.

Los caballos se separaron. Anne sintió no poder amar a Paul. Después de todo, no era tan peligroso como aseguraba su abuela. Era un hombre solitario como tantos otros que no tienen cariño de nadie y buscan la mejor forma de olvidar su soledad y su falta de afectos.

Cruzaba la plaza principal del pueblo, cuando le vio sentado en

la terraza de un café con varios amigos. El médico, el hijo mayor del alcalde que estudiaba para abogado, el boticario y dos concejales… En medio de todos, John parecía, a juicio de la amazona, un dios griego. El caballo caminaba al paso. Ella, erguida en la silla, esbelta y flexible, más bella que nunca, sonrió al grupo de amigos y sus ojos no se detuvieron en los de John.

Las miradas la siguieron. El médico dijo:

—Es una bella muchacha. Lástima que sea tan extravagante.

—Está muy consentida —arguyó el boticario—. Las mujeres que tienen tanto dinero son una calamidad.

—Es poco femenina —observó el hijo del alcalde.

John no abrió los labios. Miraba hacia el final de la calle por donde desaparecía la gentil amazona. «¿Extravagante?». «¿Consentida?». «¿Poco femenina?». Sonrió entre dientes, preguntándose por qué aquellos tres hombres inteligentes no comprendían a la hija de Day si había vivido a su lado tantos años… Y él que solo estuvo allí unos meses pudo hallar el corazón sencillo de aquella muchacha.

VIII

Estaban todas reunidas en la sala de fiestas, cuando entró Anne. John, que se hallaba sentado junto a Paloma, no se movió, pero sus ojos contemplaron a la mujer bonita. Vestía esta un abrigo de visón, y bajo el mismo llevaba un modelo de tarde negro muy ajustado. Calzaba zapatos de altos tacones y sus cabellos negros, muy cortos, los peinaba con la misma sencillez de siempre. La vio avanzar y observó cómo los hombres la miraban al pasar.

—Hola —saludó en general.

John se puso en pie y le ofreció la silla.

—Deja —susurró, sin mirarle a los ojos—, buscaré otra silla por ahí.

—Te ruego que aceptes la mía.

Se habían besado el día anterior y no obstante…, ¿por qué?, se preguntaba Anne constantemente. ¿Por qué John era así? ¿Acaso tenía miedo de lo que creyera la gente? ¿Es que solo buscaba la complicidad de la noche para robarle el placer de un beso?

Aceptó la silla sin mirarle aún. John inclinó su alta estatura y le dijo al oído:

—¿No te quitas el abrigo?

La ayudó él mismo. Al hacerlo sus dedos rozaron la piel morena de Anne, le miró de lado.

—Quiero bailar contigo —dijo la voz masculina, con sonido casi imperceptible.

El abrigo quedó sobre una silla. Peter invitó a Paloma y las demás se fueron tras ellos. Al quedar solos, John buscó los ojos verdes.

—¿No quieres bailar?

—No.

—Al menos mírame para negarte.

—Te sé de memoria, John.

—¿Estás enfadada?

Le miró ahora. Había rabia y pena en los ojos bonitísimos.

—Estás jugando conmigo —reprochó dolida—. ¿Por qué?

—Juego con mis propios sentimientos.

—¿Y qué evitas con ello?

—No lo sé aún; pretendo parapetarme.

—¿A quién temés?

—A los sentimientos de que te hablé.

Estaban sentados muy juntos, frente a la mesa. Las rodillas de John rozaban las de Anne. Esta dejó las manos sobre la mesa y John se inclinó hacia ella.

—Anne, necesitaba verte.

—Ya me estás viendo.

—Es que además quiero tocarte para saber que eres tú.

—Pues prefiero que no toques —repuso quedo, con cierto malestar.

—¿Marchamos?

¿Marchar? ¿Adónde? ¿Deseaba acaso besarla otra vez? ¡Oh, no volvería a ocurrir aunque se muriera de ganas de ser besada! John no la conocía lo bastante si la juzgaba así, Con cariño todo, por deseo nada, nada.

—Marchar —rio, hurtando el brillo húmedo de sus ojos—. ¿Para qué? Estoy bien aquí.

—Quiero estar a tu lado donde no me vea nadie.

—¿Acaso te humilla mi compañía?

Él se enojó.

—O eres tonta o te lo haces.

—Lo seré.

—¿Por qué estás así? Me pregunto qué puedes tener y no hallo respuesta.

—Mejor es que no la halles.

Le apretó las manos por encima de la mesa. Las estrujó entre las suyas.

—Me haces daño, John.

—Quisiera…, quisiera…

—Dilo de una vez.

—Quisiera destrozarte, Anne. Hoy estás insoportable.

—Lo prefiero.

Apareció Paul en el umbral del salón y Anne le hizo una seña.

—¿Por qué? —preguntó John, enfadadísimo.

—Quiero bailar.

—No tienes necesidad de llamar a Paul. Estoy yo aquí.

—Prefiero hacerlo con Paul —sonrió breve—. Al menos a su lado no…, no sufriré.

Se levantó. Paul sonreía junto a ellos.

—¿Bailamos, Paul?

—Claro, Anne.

Se alejó con él. John la miró con rara expresión. Luego se puso en pie y se marchó.

—Se ha ido —dijo Anne con acento ahogado.

—¿Qué os pasa?

—Nada.

Paul la enlazó.

—Anne, te aconsejo, si es que quieres a John, que seas más comedida. John es un hombre muy susceptible.

—Gracias por tus consejos. No comprendo a John, ¿sabes? Es raro e incomprensible.

—¿No crees que es un poco mayor para ti?

Anne sonrió tristemente.

—También tú lo eres y pretendiste encadenarme.

—Es cierto.

Cuando volvieron a la mesa, John apareció de nuevo. Alcanzó el abrigo y se despidió en general.

—¿Adónde vas? —preguntó Anne bajísimo cuando él se inclinó para coger el flexible que se hallaba junto a ella.

John no respondió.

—Te he preguntado adónde vas.

—A Boston.

—Espera. Ayúdame a poner el abrigo. Iré contigo hasta la calle.

En silencio, John alcanzó el abrigo y la ayudó a ponérselo. Anne se despidió de todos y salió delante de John. Al llegar a la calle una bocanada de aire helado estremeció su cuerpo.

—Hace frío —comentó de modo tonto.

Por toda respuesta, John la tomó del brazo y tiró de ella.

—¿Adónde me llevas?

—Por ahí. No llueve y quiero dar un paseo. Necesito despejar la cabeza.

—Has dicho que te ibas a Boston.

—Lo haré mañana con Paul.

Echaron a andar. La noche era oscura y hacía un frío horrible. Anne cruzó el abrigo por delante y apretó las manos una contra otra. John oprimía su brazo con intensidad.

Caminaron a la ventura.

—¿Es cierto que te marchas?

—Ya te lo he dicho.

—Me haces daño en el brazo.

—¡Bah!

—¡John!

—Más daño me has hecho tú hace un instante y no me quejé.

—¿No te quejaste? Te hubieras ido si yo no me hubiese rebajado a decirte que te acompañaba.

—¿Por qué lo has hecho? ¿En desagravio a tu humillación?

—John, cariño, estamos comportándonos como dos niños, ¿no lo comprendes? Pareces un chiquillo. Te enfadas por cosas tontas y además…, ¿acaso tienes motivos para enfadarte?

Soltó la mano que apretaba su brazo y con las dos suyas prendió el de John. Apoyó la cabeza en el hombro masculino y susurró:

—Vas a llamarme tonta o ridícula, no me importa. Pero quiero preguntarte algo, John.

—Pregúntalo.

—¿Así?

—¿Qué pasa así?

—Sin mirarme, no.

La miró. Anne parpadeó nerviosamente, porque bajo los ojos de John se veía insignificante.

—Pregunta —apremió él.

—No quisiera por nada del mundo despertar tu furor, John —suspiró tenuemente—. Eres un hombre de genio pronto y violento.

—¿Era eso lo que deseabas decirme?

—No iba a decirte, iba a preguntarte.

—Pregunta y termina de una vez.

Se separó un poco. Caminó ensimismada, entristecida. Durante breves momentos ambos caminaron sin rozarse. Llegaron a las rocas, junto al mar. Anne, en silencio, se apoyó en la piedra y miró a lo lejos. El mar rugía chocando contra las piedras del acantilado. La oscuridad era densa y el viento agitaba los cortos cabellos de Anne.

John se situó tras ella. Puso una mano en la roca y la otra en la cintura femenina, de modo que Anne quedó en el círculo que formaban los brazos del hombre. La cabeza de John se ocultó entre el escote de Anne y el cuello del abrigo.

—¿Qué haces? —susurró ella.

—No quiero que te enfades. Perdona mi brusquedad.

—¿Eres siempre así?

—Con las personas que considero mías, sí.

—¿Y yo lo soy?

La apretó contra sí. La besó en plena boca, larga, dolorosamente.

—¡John!

—Cállate.

Transcurrió un minuto, dos, seis, un cuarto de hora, y John y Anne permanecían muy quietos, pegados a las rocas. Anne sentía a John dentro de sí misma y John sentía a Anne abandonada en sus brazos como si jamás otra mujer hubiera existido en su vida emocional. Ahogó el suspiro de Anne con sus besos y la acarició hasta dejarla inerte.

Ella se apartó desfallecida y susurró casi sin voz:

—Era lo que deseaba preguntarte, ¿por qué me besas?

John la tomó por los hombros y repuso con voz bronca:

—Vayámonos de aquí, Anne. Vayámonos…

La arrastró tras él por el muelle solitario. Hicieron el recorrido en silencio, y cuando llegaron junto a la casa de Anne, John susurró:

—Te beso porque te quiero, Anne. Jamás mujer alguna logró lo que tú has logrado. Hubo momentos en mi vida de hombre quizá tan emocionales como hoy, pero no tan dulcísimos y puros. Y jamás he dicho a una mujer que la quería, y me lo han dicho en momentos en que nada tenía de particular que yo confesara. Pero nunca he querido hasta que te conocí a ti —añadió, prendiendo el rostro

femenino entre sus manos—. Solo te he querido a ti, Anne Day, pero soy demasiado viejo para una mujer que, como tú, empieza a vivir. Destrozaría tu juventud, Anne, y por eso me aparto de tu lado.

—John —susurró deslumbrada—, no puedes apartarte, porque te seguiré al fin del mundo.

—No, querida impulsiva. Los años transcurrirán y te olvidarás de mí. ¡Oh, sí! Te olvidarás cuando otro hombre te demuestre que es más que yo. ¿Comprendes? Soy demasiado orgulloso para recibir una humillación de mi propia mujer. Cuando tú tengas treinta años, cuando tu vida se halle en su plenitud, cuando en realidad reconozcas el momento de un goce amoroso, cuando sepas aquilatar ese momento emocional en toda su magnitud, yo seré un viejo y no podré soportar que tú, tú, mi propia mujer… No, Anne, déjame marchar y no me obligues a lo que luego será humillante y doloroso para mí.

Se aferró a él con intensidad.

—John, sé fijamente que envejeceré a tu lado. ¡Oh, sí! ¿Es que no comprendes que te quiero…, te quiero, John, con todas mis ansias de mujer, con todo mi corazón de muchacha, con todo mi ser, John, con todo mi ser?

John la apartó y se alejó calle abajo dejándola con los ojos llenos de lágrimas y los dedos crispados.

—¡John! —gritó ahogadamente.

El hombre seguía adelante. Su alta silueta se confundió al fin entre las sombras de la noche. Hacía frío, Anne se estremeció y se envolvió en el abrigo.

—¡John queridísimo! —susurró.

John se perdía a lo lejos y Anne ahogó un sollozo y se ocultó en el parque. Lloró acurrucada junto a un macizo y después, cuando logró calmarse, entró en la casa iluminada.

Al día siguiente se enteró de que John se había ido a Boston.

IX

Transcurrieron tres meses. No volvió a tener noticias de John. Supo que la familia Allyson se había ido a vivir a Boston, y decidió convencer a su padre, en evitación de morir de pena en aquel pueblo que sin John era un suplicio.

—¿A Boston? —preguntó el caballero, extrañado—. ¿Es que aún no has olvidado a John?

—No.

—Bien. Iremos a Boston. Pero tú y yo solos, querida. Mamá Vera no quiere salir de su pueblo natal.

—¿Abriremos nuestra casa, papá?

—No, hijita. Será mucho jaleo para mí y no lo deseo ciertamente. Iremos a un hotel, es lo mejor.

Tres días después, Anne y su padre llegaban a Boston. Era una mañana triste y lluviosa del mes de enero. Se hospedaron en un gran hotel y como Anne conocía Boston perfectamente, Robert Day se ocupó de sus asuntos y dejó a su hija libre para hacer lo que quisiera.

En su coche rojo, Anne recorrió las calles elegantes. Sabía dónde estaba enclavado el palacio de los Allyson y decidió pasar por allí. Vio a Natalie sentada en el jardín bajo un artístico cobertizo de ramas entrelazadas. No llovía en aquel instante y Anne tuvo deseos de bajar del auto y llamar en el gran portalón de hierro, pero no se atrevió.

Durante más de dos semanas cruzaba todas las mañanas por allí, y cuando no veía a Natalia descubría al anciano de la barba rizada, a los criados, incluso vio a Peter una vez, pero se abstuvo de

presentarse, por temor a que Peter creyera que iba por él.

Los veía a todos menos a John. Llegó a pensar si no estaría en Boston.

Dejó de ir por allí y se dedicó a visitar todos los lugares elegantes en compañía de su padre.

Una noche de ópera se vistió con el último modelo recibido. Estaba ciertamente muy bella cuando entró en el palco en compañía de su padre. Sus cabellos tan bellos y tan lisos formaban un bello contraste con la tela suave y vaporosa del modelo blanco de noche. Su tez morena y sus ojos tan verdes parecían relucir como nunca en su cara de rasgos exóticos.

Muchos ojos miraron hacia el palco de los Day y varios prismáticos se clavaron en la muchacha joven y bellísima que parecía indiferente. John y Peter, que se hallaba en un palco fronterizo, se miraron entre sí.

—Es Anne —observó Peter con naturalidad.

—Sí.

—¡Qué bella está!

—Sí.

—¿Vamos a saludarla?

—No.

Peter hacía siempre lo que decía John. Y aquella noche, aunque contrariado, siguió manteniendo su lema.

Durante toda la obra, John miró hacia el palco de los Day, pero no encontró los ojos de Anne ni una sola vez. Al final salió primero que nadie, temiendo encontrarse con ella. Se confundió con el público que salía y se dirigía ya a su coche cuando una mano angustiosa se colgó de su brazo.

Quedó envarado. Temió mirar, pero miró. La tenía allí, resplandeciente de juventud y belleza.

—¿Adónde me llevas? —preguntó bajísimo.

Era un saludo original. Como si se hubieran visto el día anterior, John sonrió a medias y buscó avaricioso los ojos que se le entregaban. Los recuerdos acudieron a su mente, pero era más el deseo de tenerla a su lado que sus propios razonamientos. Robert Day apareció tras ellos seguido de Peter.

Este saludó a Anne, le besó la mano que tenía libre y preguntó:

—Tres semanas. Esta noche haremos una juerguecita juntos,

¿verdad, papá?

Robert asintió. Anne tenía la mano en el brazo de John y la apretó cálidamente. Le miró a los ojos.

—¿Qué dices, John?

—Subamos al coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Peter.

Respondió Anne, sentándose en el auto de John:

—A un *cabaret*. Nunca he ido y lo deseo esta noche. Tú ve con papá en su coche.

Robert se echó a reír y señaló un lugar Junto a él. El pobrecito Peter, aunque a regañadientes, accedió sin gritar.

El auto de Robert Day se alejó por la calle muy ancha. John hubo de esperar que los demás vehículos despejaran la calle, después soltó los frenos y rodó lentamente.

—John…

—Dime, Anne.

—Tanto tiempo sin vernos.

—Tres meses.

—¿No me echaste de menos?

—Sí.

Con las dos manos prendió el brazo masculino y recostó la cabeza en el hombro fuerte.

—John, cariño —suspiró ahogándose—, es tanta la emoción que siento en este instante, que no sé si podré decirte lo mucho que te necesito.

—No digas eso.

Se empinó un poco y posó sus cálidos labios en la áspera mejilla.

—Te quiero, John —suspiró—. Te quiero y no podrás apartarme de tu lado nunca más.

—¡Oh, cállate, cállate, Anne! Eso es demasiado hermoso y…

—Y lo viviremos los dos. No serás tan inhumano como para dejarme sola de nuevo. Esta vez he venido a ti, John, he sido yo quien te busca. Sé que mis pocos años no son obstáculo que pueda separarnos. ¡Oh, no! Ahora no habrá nadie capaz de alejarme de ti.

—Sé razonable, querida.

—Prueba, John. Dos meses nada más de relaciones y si al final de ello comprendes que no puedo hacerte feliz, me iré yo por donde he venido.

—¿Sabes lo que me propones?

—Sí.

—¿Y qué dirá tu padre?

—Papá dice siempre lo que yo digo. Él, mejor que nadie, sabe lo que te quiero.

—Bien, Anne —susurró, pasándole un brazo por los hombros—. Probablemente dos meses; si cuando hayan transcurrido comprendo qué nunca podrás ser feliz a mi lado, te lo diré y tú te irás.

—Sí, John.

X

Como tantas y tantas veces, el auto de John Allyson se estacionó frente al hotel. Una joven gentilísima, con el pelo negro cortado a lo chico, cruzó el lujoso vestíbulo y atravesó la calle. John abrió la portezuela y Anne se sentó a su lado.

—¿Adónde vamos hoy?

—A mi casa.

—¡John!

—Quiero que meriendes con mi madre.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

El auto rodó lentamente.

—John, tengo miedo.

—¿Miedo tú?

—Tu madre creerá que soy incapaz de sentirlo, pero se equivoca. Nunca fui santo de su devoción —rio nerviosamente—. Y ahora que sabe que soy novia del mayor de sus hijos…

—No digas tonterías. Mamá Natalie ha razonado ya.

—¿Y tu abuelo?

—Siempre dijo que eras una chica bellísima, aunque un poco loca.

Se colgó con sus dos manos del brazo de John impidiéndole conducir bien. El hombre la miró serio.

—Dime, cariño, ¿tú crees en verdad que soy una chica loca?

—Deliciosamente loca —sonrió John.

—Pero tú me quieres mucho, amadísimo.

—Sí, pequeña. Yo te quiero como nunca he querido a otra

mujer.

—Has tenido otras novias, John.

—Solo a Clare…

—¿Y la has querido como a mí? ¿La has… besado como me besas a mí?

John se echó a reír. Su risa le hacia jovial.

—Por supuesto que no. A veces besamos por deber, por humanidad, por deseo.

—¿Y otras?

—Por cariño. Yo te quiero a ti, Anne.

—Lo sé …—rio ella, feliz—. Hace dos meses ya, John. ¿Cuándo nos casamos?

—¿En verdad lo deseas?

Los ojos de Anne se humedecieron.

—Nunca deseé nada en la vida como casarme contigo, John. Tanto si es para hacerme feliz o desgraciada, pero a tu lado quiero pasar el resto de mi vida.

El auto se detuvo y John saltó a la acera. Abrió la portezuela y Anne bajó a su vez un poco tímidamente.

—Natalie me mirará de arriba abajo y esperará seguramente que me cuelgue de la lámpara.

—No seas tonta. Natalie sabe muy bien que no harás eso. Entremos.

Le temblaban las piernas y se lo dijo a John.

—¿Pero por qué?

—Nunca me sentí intimidada ante nada ni ante nadie. Solo dos personas me inspiraron hondo respeto. Tú y Natalie Allyson.

La dama les esperaba de pie con una media sonrisa en los labios. Anne se dio cuenta en seguida de qué aquella sonrisa era forzada y de que si la recibía era obligada por su hijo mayor.

Anne le ofreció la mejilla y Natalie la besó fríamente. Luego pasaron todos al salón donde estaba el anciano de la barba rizada.

—¡Hijita! —exclamó John Allyson poniéndose en pie—. Me alegro mucho de verte y más aún de saber que vas a entrar en la familia Allyson. ¿Cómo estás, querida mía? ¿Y tu padre?

Anne respondió gentilmente al saludo y dio noticias suyas y de su padre. Después se sentó junto al anciano y este sin dejar de rizar su barba habló y habló de la guerra, de cuando él era general y de

las batallas que defendió con bizarra gallardía. Natalie oía y callaba. Solo de vez en cuando daba una opinión y miraba a Anne con expresión indefinible.

Sirvieron la merienda y la conversación se generalizó, si bien Natalie no depuso su aire de madre ofendida. Cuando John y Anne estuvieron de nuevo sentados en el auto, Anne comentó:

—No me admitirá nunca, John.

—Te admitió ya.

—Pues no me gustaría en modo alguno vivir con ella —confesó sincera.

—Es que no pienso obligarte.

Puso el coche en marcha y Anne lo miró rápidamente.

—¿Puedes decirme dónde vamos a vivir, John? Papá me lo preguntó ayer. Me dijo además que estaba dispuesto a abrir nuestra casa aquí.

John denegó con un ademán.

—Es demasiado grande para un matrimonio que como nosotros poco espacio necesita para quererse. Tengo un piso, Anne. No sé si habrás observado que no vivo con los míos.

Anne se extrañó.

—¿Desde cuándo, cariño?

—Desde que ellos están en Boston. Soy un hombre raro, Anne —confesó, sonriente—. No me amoldo a los gustos de los demás, son los demás quienes han de amoldarse a los míos y como no me gusta imponer mis gustos, he decidido vivir solo. Ahora, cuando nos casemos, tú me acompañarás.

—¿Es que nuestra boda es un hecho, John?

El hombre la miró entre extrañado y rabioso.

—¿No me lo pediste tú? —preguntó serio.

—Desde luego; pero nunca creí que… que…

—¿Te has arrepentido? —gritó enojado.

Anne se apretó contra él y lo miró largamente a los ojos.

—Cariño, qué susceptible eres y qué tonto al mismo tiempo. Iba a decir que nunca creí que fuera posible tanta felicidad.

* * *

Dos meses después se casaron. Robert Day no tuvo objeción que

oponer observando el amor que su hija sentía por John Allyson. Vera Day vaticinó un sinfín de desgracias que nunca iban a llegar ciertamente. El anciano de la barba rizada sonrió socarrón. Peter se lamentó de no ser él el favorecido y mamá Natalie domeñó su despecho.

La pareja, tras del banquete, se esfumó sin saber cómo ni cuándo. Siguió un baile y todos los invitados, entre los que se hallaban Paul y su esposa, disfrutaron de lo lindo.

Anne y John realizaron un viaje de novios corto, pero inolvidable. La esbelta figura de la muchacha joven producía extrañeza y cierta emoción a la vez, junto al hombre elegante que tenía el cabello salpicado de hebras de plata muy interesante. Anne supo lo que era el amor de un hombre, la pasión del hombre y la ternura del mismo hombre y se maravilló de que aquel fuera precisamente su marido. Vivió a su lado días inolvidables. Lo conoció mejor porque John ya no tenía secretos para ella. Comprendió que su marido era excesivamente susceptible y celoso, y le desagradaba mucho que los hombres se fijaran en ella. Menos mal que Anne conocía la psicología un tanto intrincada de John y procuraba con su intuición femenina suavizar las asperezas de aquel carácter a veces incomprensible.

Al regreso de su viaje de novios se instalaron en el piso coquetón lleno de recuerdos grandísimos, pues habían pasado allí su primera noche de bodas… Robert Day les hizo una visita al día siguiente. Peter fue por la noche a darles la lata y el abuelo los visitó dos días después. Natalie fue a la semana siguiente y a Anne le pareció menos rígida. Vera Day pasó con ellos dos días seguidos y al cabo de los cuales dijo que la ahogaba Boston y que se marchaba a su pueblo natal donde no había tanto ruido ni enfermedades raras.

Quedaron solos al fin. John se iba a la fábrica a las diez en punto. Regresaba a las dos, comía con su esposa y permanecían juntos hasta las cuatro, en que John se marchaba de nuevo. Entonces venía a las nueve y casi siempre cenaban fuera e iban a una velada teatral.

Tenían cocinera, dos doncellas y una criada para los trabajos duros. Anne se aburría soberanamente dentro del piso siempre en espera de que llegara su marido. Al principio soportó pacientemente la soledad. Después salió una mañana en su coche rojo y lo tomó

por costumbre, pero no dijo nada a John, temiendo que este se disgustara.

Por esa razón surgió aquel enfado tan terrible.

Estaba John trabajando en la oficina, cuando llegó su socio. Dio las buenas tardes y hablaron primero de su trabajo. Al marchar John, le dijo su amigo:

—Saluda a tu esposa en mi nombre, John.

John se extrañó porque era la primera vez que su socio se tomaba tal libertad. Lo miró interrogante y el otro rio campechano, porque la cosa no tenía ninguna importancia si John fuera más tolerante.

—La veo todas las mañanas. Hoy tomamos juntos el aperitivo.

—Se lo diré.

—¿Qué le vas a decir?

John se echó a reír. Su risa era un poco rara, pero el otro no lo notó.

—Que la saludas desde aquí. Hasta luego, Jim.

—Hasta mañana, John.

Allyson llegó a su casa a las nueve y diez. Como todos los días, Anne salió a su encuentro y se colgó de su cuello. Sin esperar razones, con aquel su ademán impulsivo y natural, lo besó en la boca apretadamente y se extrañó de que John no correspondiera a sus besos.

—¿Qué te pasa, estás enfermo?

—No.

—Tienes el semblante demudado.

—Quizá.

—¡John!

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó exaltándose.

Anne se estremeció. Conocía a John, pero no estaba acostumbrada a sus gritos intempestivos.

Se apartó un poco y entró seguida de él en la salita que se hallaba contigua a su habitación.

—Te desconozco, John.

—Bueno.

—¿Vas a decirme qué tienes? Porque no creo que haya hecho nada malo para que me trates así.

—Dame la cena. He de volver a la oficina.

Pidió la cena y pasaron luego al comedor. Tantas ternuras compartidas día tras día y aquella noche John casi sin cenar se marchó sin darle un beso ni decirle adiós.

Lloró. Era la primera vez que lo hacía después de haberse casado. La soledad de la alcoba, la soledad en su corazón…, la angustiaban horriblemente.

John no vino a dormir y a la mañana siguiente llegó más tarde que de costumbre. Trató de suavizar la aspereza del rostro querido e intentó una aproximación, pero John hizo como que no la veía.

—Esto es absurdo —gimió Anne sin poder contener su desesperación—. Me condenas y no sé el delito que cometí.

—Déjame en paz, Anne.

—¿Has dejado de quererme?

John la miró extrañado. Dios, ¿dejar de quererla cuando cada día que pasaba la quería más, la deseaba más como si nunca se saciara de ella? Estuvo a punto de echarse a reír como un loco, pero no sonrió siquiera. Encogió los hombros.

Una semana seguida sin cruzarse siquiera la palabra.

Un lunes dijo Anne con acento cansado:

—Si lo prefieres me voy al pueblo.

—¿Tendrás allí más libertad para tus locuras?

Anne se envaró. Jamás en ningún momento de su vida había estado tan bella, con los ojos muy abiertos, las mejillas pálidas y los labios apretados.

—¿Libertad? ¿Para qué quiero yo la libertad? —preguntó a media voz.

—Para tomar el aperitivo con mis amigos.

Anne saltó impulsiva.

—¿Era eso? Di, John, ¿era eso lo que tenías contra mí? ¿Y por eso, por eso me has tenido abandonada una semana? ¡Oh, John! —gimió tristemente—, qué difícil me estás resultando, querido. No me explico cómo puedes pensar cosas raras de mí, sabiendo lo que te he dado en mi matrimonio. Tú, mejor que nadie, John, sabes… sabes… ¡Cuánto lo siento, John!

Salió precipitadamente del saloncito y entró en su alcoba. Tirada sobre el lecho sollozó. John, sombrío y dolorido, la miraba desde el umbral.

—¡Anne!

—Déjame, John, déjame ahora. Tú no sabes la decepción tan grande que he recibido en este instante.

John avanzó y se sentó en el borde del lecho. Quiso cogerla en sus brazos, pero Anne lo apartó blandamente.

—No me toques ahora, John, te lo ruego. Me siento tan… tan…

—Soy celoso y tú lo sabes.

—Sí. Lo sé, pero nunca te di motivos, John.

—Sales todas las mañanas y nada me has dicho.

—¿Me lo has preguntado acaso? ¿Es que una muchacha por estar casada ha de encerrarse en su piso?

—Tomaste el aperitivo con mi socio.

—Estaba sentada en un café cuando apareció Jim. No creo que haya cometido un crimen por aceptar su invitación. Eres un malicioso. ¿Serías tú capaz de hacer algo malo con la esposa de tu amigo? No, por supuesto, y, sin embargo… ¡Oh, John, cuánto lo siento!

—Eres demasiado bella, Anne, demasiado joven.

—A tu lado voy haciéndome vieja —dijo enojada.

El hombre se irguió. Anne se dio cuenta de su error y también se puso en pie; con el rostro lleno de lágrimas susurró bajísimo:

—John, ven a mi lado. Tengo que olvidar todo esto porque… porque te quiero demasiado. Yo te comprendo un poco, pero tú a mí no me comprendes en absoluto.

John no se movió. Estaba de pie junto al ventanal y miraba sin ver hacia la calle que resultaba menguadísima desde aquella altura. Anne se aproximó por la espalda y lo abarcó por la cintura.

—¡John!

—Déjame, Anne.

—¿Sabes, John? Estás demasiado…

—¿Demasiado qué?

—Dejémoslo. Ahora mírame y dime que lo has olvidado, no saldré más si así lo prefieres, pero procura estar más a mi lado.

La miró. Parecía una criatura y era una mujer, él lo sabía muy bien. La estrechó contra sí y dijo con voz bronca:

—Para quererte soy un niño celoso.

—Pero me has tenido sola una semana entera. Has tenido ese inhumano valor.

—Ven.

La llevó tras sí, la sentó en sus rodillas y la besó en la boca larga y dolorosamente.

—Perdóname —susurró bajísimo.

—¡Si no te quisiera tanto!

—¿Qué?

—No te hubiese perdonado.

—Has dicho que a mi lado eres una vieja.

La joven se echó a reír y jugó dulcemente con los cabellos entrecanos.

—¿Y lo soy?

—Eres… eres demasiado joven para mis años —dijo quedamente, ocultándola en el círculo brevísimo de sus brazos—. Demasiado joven, Anne, y eso es lo que me vuelve loco.

Anne se echó a reír. No podía estar enfadado con John porque lo amaba demasiado. Colgóse de su cuello y suspiró bajísimo:

—Me dejaré crecer el pelo y me pondré moño —rio—. Pero de todos modos, John, siempre tendré mis años y te querré como una tonta pese a tu endemoniado carácter.

* * *

Fueron días muy felices aquellos que siguieron. Ahora salía todas las mañanas e iba a buscar a John a la oficina en su coche rojo descapotable.

Aquella mañana llegó antes que de costumbre y quedó sentada en el auto fumando un cigarrillo. Cuando lo vio salir abrió la portezuela y John se sentó a su lado.

—Dame un beso —dijo mimosa.

Se lo dio fuerte y cálido. Ella, aún con la cabeza ladeada y las manos en el volante, lo miró a los ojos y susurró:

—He venido más temprano porque la impaciencia no me dejaba vivir. Vengo del médico, ¿sabes? Me ha dicho que voy a tener un nene.

—¿Un nene?

—Sí. Un hijo, John, ¿te has quedado tonto?

John no sabía exteriorizar las grandes emociones. Quedó muy serio, con los ojos clavados en el rostro resplandeciente de la mujer y apretó las manos femeninas vigorosamente.

—Anne, no sé qué decirte.

—Te comprendo, cariño.

—Es que este es el momento más emocional de mi vida —susurró reflexivo.

—¿Más que el día que nos casamos? —preguntó coquetuela, al tiempo de poner el auto en marcha.

—Esto de hoy y aquello de ayer van asociados, querida locuela. Iremos a ver a mamá Natalie y se lo diremos, ¿quieres?

—Bueno.

El auto corrió. La mano de John caía acariciante sobre la pierna femenina y ella le sonrió dulce y cálidamente.

—Te quiero, John —dijo bajísimo—. Es algo vulgar, ¿verdad? Una frase que se dice todos los días y sin embargo siempre lleva un significado nuevo. Hoy te quiero más que ayer; mañana te querré más que hoy.

—¿No te cansarás?

Le quitó la mano con gesto enfadado. John la volvió a poner.

—No seas tonta. Ya sé cómo me quieres.

Descendió John y la ayudó a ella.

—Mamá Natalie dice que vayamos a vivir con ella.

—No, John.

—¿Por qué? —preguntó tomándola por el brazo—. ¿Por qué, querida mía?

—Porque quiero estar sola contigo, allí, en nuestro piso. No podría dejar aquello, John. Guarda demasiados recuerdos. Además, tu madre…

—Mamá me habló hoy por teléfono precisamente para invitarnos a comer y eso que ignoraba que vamos a ser papás.

—De todos modos prefiero vivir sola contigo. Que se case Peter y que viva con ellos.

—Peter se hizo novio de Paloma. ¿Lo sabías? También vi a Paul el otro día con su esposa.

—La conocí en mi boda. Es una muchacha fina.

—Paul me dijo que era feliz.

—Sí.

—¿Te pretendió?

Anne elevó el rostro y sonrió burlona.

—Celoso.

—Bien sabes que lo soy.

—Pues sí. Paul me pretendió, pero luego nos hicimos buenos amigos. ¿Dices que Peter se comprometió con Paloma?

—Eso he dicho.

—Es la mujer que necesita.

Entraron. Natalie, que ponía flores en un búcaro del vestíbulo, salió a su encuentro. Besó a Anne y después a su hijo y les señaló el camino del saloncito donde abuelo John se rizaba la barba con el dedo manchado de nicotina.

—¡Muchachos! —exclamó, contento—. ¡Cuánto tiempo sin veros!

—¡Dos semanas! —dijo Anne yendo a su lado y besándolo dulcemente en ambas mejillas.

—Picaruela. ¡Qué bonita estás! —miró a su hija—. ¿No es cierto, Natalie?

La dama no tuvo reparos en afirmarlo.

Una vez los tres sentados ante una mesita con el servicio de licor, dijo John:

—Anne va a tener un nene, mamá.

La dama miró a Anne, después a John y aunque trató de disimular la emoción, algo humedeció sus ojos.

—Querida mía —susurró apretando la mano joven.

—Ji, ji —rio el abuelo, satisfecho—. Mira por dónde la niña loca está dándonos una lección, ¿no es cierto, Natalie?

Esta enrojeció y John se echó a reír.

—No le hagas caso, hijita —susurró Natalie.

—No tiene importancia, mamá —dijo Anne, feliz—. En realidad hacías bien creyéndome una niña loca. Si John no hubiese aparecido en mi vida, seguramente que aún estaría en el pueblo fastidiando al alcalde.

—Nunca me fue simpático, Anne —sonrió el abuelo—. Cuando supe que casi lo desnucas con el caballo, gocé mucho. Natalie se enfadó.

—No digas tonterías, papá.

—Es cierto, hija.

—¿Y Peter? —preguntó luego John.

—Ha ido al pueblo a ver a Paloma. Creo que pronto tendremos boda.

—Me satisface. Paloma lo hará feliz.

—¿Os quedáis a comer con nosotros?

—Claro, mamá —sonrió Anne, deseando acabar pronto para verse sola con su marido en el piso coquetón al cual no estaba dispuesta a renunciar.

Muchas horas después, ambos en aquel piso delicioso, sentada ella en las rodillas de su marido y jugando con el cabello entrecano, dijo John:

—Me gustaría que no fueras tan bella, Anne. Los hombres te miran demasiado.

—¿Y qué importa si ya tengo marido?

—Un marido celoso y raro.

—Un marido que me hace feliz y al que adoro con todo mi ser. ¿No lo sabías? Cuando era niña soñaba con un hombre como tú y cuando apareciste aquella noche en la carretera, comprendí que ya había llegado el hombre de mi vida.

—Demuéstrame esa adoración.

—Así. Déjame a mí, te besaré yo sola.

EPÍLOGO

–Mamá, John quiere que le dé mi pelota.

—No es cierto, mamá. Papá me la compró a mí, es mía. Yo no quiero tu muñeca, ¿sabes? Déjame mi pelota. Tú lo tuyo y yo lo mío.

Apareció Anne en lo alto de la escalera. Una maceta del vestíbulo estaba volcada, la tierra manchaba el piso reluciente. Vera Day, apoyada en su bastón de ébano, más vieja, pero ágil aún, apareció también por la puerta del jardín.

—¿Quién hizo esto, John?

—Yo no he sido, abuela.

—¿Has sido tú, Anne?

—No —dijo la niña.

—Has sido tú.

—No es verdad.

La madre descendió presurosa. Los cogió por los brazos y los enfrentó a la fuerza.

—Decid ahora mismo quién ha sido de los dos.

Los niños se miraron. Era un muchacho rubio y de ojos azules, tendría aproximadamente diez años. La niña morena y vivaracha contaría a lo sumo ocho y parecía menos dispuesta que su hermano a decir la verdad.

—Mamá, yo…

—La verdad, John. Detesto la mentira y lo sabes muy bien.

—Ji, ji —rio la abuela tras ella—. Yo sé quién ha sido. ¿No ves, Anne, que tu hija es como tú?

Anne, más bella, más mujer, infinitamente más interesante,

sonrió a la abuela, pero volvió a mirar severa a sus dos hijos.

—Anne, di la verdad.

—Que lo diga John.

—Tu hermano se parece algo a Peter —rezongó Anne, enojada— y es muy capaz de cargar con las culpas. He dicho que lo digas tú y lo dirás.

—Pues no he sido.

—¡Anne!

La niña sabía muy bien cómo dolían los coscorrones de su madre, así pues, limitóse a encoger los hombros en evitación de una contestación afirmativa.

—¡Anne! —repitió la madre más enojada.

Entonces la niña corrió hacia la puerta del jardín y desde allí gritó:

—He sido yo, pero tuvo la culpa John.

—Exactamente igual que tú, Anne. No te enojes con ella porque tendrá que aparecer un Allyson que la eduque.

La joven sonrió. Tenía veintinueve años y era más hermosa si cabe que cuando John Allyson la conoció. Dejó en libertad a su hijo mayor y se quedó con la abuela.

—Son muy hermosos, pero insoportables. Estoy deseando que termine el verano para que nos dejéis en paz. ¿No es sábado hoy? —preguntó después—. Claro que lo es. Vendrá John esta noche, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Estaréis aún aquí mucho tiempo, hijita?

—Si lo deseas nos marcharemos mañana.

Vera Day se alejó apoyada siempre en su bastón. Al llegar al umbral tropezó con su hijo y gruñó:

—¿Qué va a ser de nosotros si nos dejáis?

Padre e hija quedaron riendo.

—Preferible es que viváis aquí, Anne.

—Tengo a los chicos en el colegio, papá.

—Sí, claro.

La abuela asomó la cabeza por la puerta.

—Abre la casa de Boston, Rob. No podré soportar la soledad cuando los muchachos se marchen. Nos iremos todos a vivir allá.

—¿Lo dices de veras, abuela?

—Lo digo y basta —y desapareció.

* * *

Estaba sentada ante el tocador cuando se abrió la puerta. John Allyson parecía exactamente igual que cuando lo vimos por última vez diez años antes. Ni había envejecido ni rejuvenecido. Tenía la misma gallardía, los mismos cabellos grises y la misma mirada seria y acariciadora.

—¡Anne!

La joven dio un salto y corrió hacia él. La gasa de su ropa de noche envolvió al hombre en un perfume sutilísimo que conocía muy bien.

—¡Cuánto has tardado! —reprochó en voz baja.

John la besó en la boca. Eran los mismos besos de antes, cuando se conocieron, cuando se quisieron y cuando se casaron.

—¡Amadísima!

—Una semana de suplicio, cariño.

—Nunca pensé que después de diez años de casados nos deseáramos mutuamente con el mismo amor. Creo, Anne, que esto es sencillamente maravilloso.

—Sí, John, ¿y sabes por qué? Porque nos queremos profundamente.

—Es cierto, mi niña loca. Ven, quiero verte junto a la luz.

—¿No me sientes? ¿No me presientes acaso?

—Sí.

—Pues bésame aquí, sin luz, sin claridad.

—Te besaré muchas veces, Anne Day, y nunca me cansaré.

F I N

MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el *Libro Guinness de Récords* 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora

afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.